
¡KIAI!
HEROES DE LAS ARTES MARCIALES
RAY LESTER
EL SILBIDO DE LOS "SHURIKEN"



HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

21 — Budokas contra la gripe - *Ralph Barby*.

22 — Un castillo en Escocia - *Clark Carrados*.

23 — La cripta del dios de jade - *Curtis Garland*.

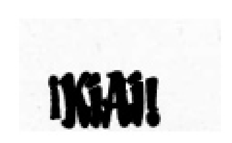
24 — Lección de supervivencia - *Lou Carrigan*.

25 — ¡Adiós, millones, adiós! - *Ralph Barby*.

RAY LESTER

EL SILBIDO DE LOS "SHURIKEN"

Colección ¡KIAI! n.° 26
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 16.797 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la
SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

El pequeño descapotable verde rodaba a moderada velocidad por la antigua carretera que llevaba a Santa Rosa. Vivien Mackenzie no prestaba demasiada atención a la sinuosa cinta asfaltada y sin embargo, todos sus movimientos eran precisos, exactos, ejecutados con maestría asombrosa. Conducía con pasmosa facilidad y en cada curva imprimía al volante el giro justo para dejarla atrás, sin cometer el menor error.

Su mente se hallaba ocupada en profundos pensamientos que ponían leves arrugas en la piel, habitualmente tersa, de su juvenil frente. A pesar de todas las enseñanzas recibidas por Tomiki durante los dos años que estuvieron unidos en matrimonio, había ocasiones en las que a Vivien le resultaba imposible conseguir la necesaria concentración mental para llegar a la completa serenidad, a la armonía de espíritu.

No se detuvo en Santa Rosa.

A unos tres kilómetros del pueblo tomó un desvío y se internó por otra carretera aún más estrecha y sinuosa. Sus rampas ascendentes estaban festoneadas por altos árboles y la vegetación a ambos lados era lujuriante, con tonalidades de extraordinaria belleza.

Diez minutos después, empezó a rebasar villas de recreo. Aquello era una zona residencial, sin la menor duda. El descapotable siguió rodando, dejándolas atrás, y sólo cuando llegó a la cima de la colina se detuvo frente a la villa ubicada en el lugar más elevado.

Por su aspecto parecía un *ryokan* japonés y no una villa de recreo californiana. Antes de descender del coche permaneció Vivien contemplando unos instantes la fachada delantera de aquella hermosa casa llena de inmensa paz y armonía. ¡Traía tantos recuerdos agradables a su mente aquel peculiar estilo de construcción! Tres años maravillosos vividos en un lugar semejante al que ahora tenía delante. En las afueras de Tokio.

Finalmente salió de su abstracción sacudiendo la cabeza y descendió del descapotable, avanzando en dirección a la entrada de la finca. Caminaba con felina agilidad, como si sus pies apenas se posaran en el suelo al hacerlo.

Vivien Mackenzie había cumplido recientemente los veintiséis años y su cuerpo era esbelto, juvenil y de turgencias bien definidas. Como sus pequeños senos erguidos con pujante agresividad. El oscuro cabello le caía en cascada sobre sus hombros y en su hermoso rostro, de piel tostada, destacaban los enormes ojos negros. Vestía pantalones téjanos y blusa blanca de fino tejido. De su hombro izquierdo colgaba un bolso sobre el que se posaba la mano del mismo lado.

Antes de que llegara a la puerta, observó que ésta se abría

silenciosamente y un criado se hizo a un lado informando con escueta amabilidad:

—Sensei la espera, señora.

—Gracias.

El criado efectuó una leve inclinación de cabeza y Vivien se descalzó adentrándose en la vivienda. Llegó a una gran sala amueblada y decorada con exquisito gusto oriental. Al fondo, había un amplio ventanal desde el que se divisaban las azuladas aguas del Pacífico.

Junto a él descubrió a *Sensei* Hokusai.

Se hallaba sentado en *zanzen,* con las piernas dobladas bajo el cuerpo. Daba la impresión de meditar profundamente, con la mirada perdida en la confusa línea del horizonte. Vivien sabía que su mente estaba recorriendo vertiginosamente sobre las aguas en dirección a poniente, a su amado y lejano país.

No hizo nada que pudiera turbar la concentración de Sensei. Le constaba que él la había escuchado llegar, a pesar de sus pies descalzos y de su sigiloso caminar. Esperó pacientemente a que se dignara dirigirle la palabra. Por cortesía y respeto, debía hacerlo así.

Sensei Hokusai no le hizo aguardar demasiado tiempo, y pronto desvió la cabeza posando la serena mirada en ella.

—El placer que siento se engrandece cada vez que te dignas visitar esta humilde morada, hija.

Vivien forzó una sonrisa.

—Pido perdón por mi tardanza en venir a verlo, Maestro.

Sensei hizo un leve gesto de contrariedad.

—Tú no debes llamarme Maestro, Vivien. Desde el mismo instante en que aceptaste a mi hijo por esposo, entraste a formar parte de mi familia. Y mi alegría es inmensa de que sea así. Si no tuvieras tantas obligaciones en la ciudad...

—Eso no me disculpa de venir a visitarlo.

—Mis cansados ojos se iluminan con tu presencia, hija.

Vivien titubeó brevemente. —Maestro...

Sensei le cortó, levantando la mano izquierda.

—Por favor, hija... Prefiero escuchar en tus labios otra palabra. ¿Te importaría llamarme padre?

—Desde luego que no, padre —se apresuró a decir la chica—. Pero por eso no dejará de ser mi querido Maestro. Me ha enseñado a encontrar el verdadero camino digno de ser seguido para llegar a la perfecta armonía entre los seres humanos.

—Tú siempre has tenido *Do* dentro de ti, hija. Sólo hacía falta despertarlo y eso resultó fácil. —Sensei hizo una corta pausa y agregó, con una leve sonrisa—: No me obligues a levantarme, y toma asiento en la forma que te sea más cómoda.

Vivien pensó, unos instantes, sentarse en *zanzen.* Pero vio que Sensei movía la cabeza en sentido negativo y acabó sentándose sobre unos almohadones. A la derecha del anciano.

—Diré a Wu Lin que prepare una comida sana, Vivien. Quiero disfrutar de tu compañía todo lo que resta de día.

—Sí, padre.

— ¿Cómo marcha el *dojo?*

—Bien —movió la cabeza, ella —Matsou Taikan entrena perfectamente a nuestros alumnos. Algunos empiezan a encontrar el *Do* que todo budoka debe poseer y dominar.

Sensei asintió, complacido.

—Me alegra escuchar esas palabras.

—Por desgracia, son escasos los alumnos que tenemos en el *dojo.*

—Es cuestión de tiempo, hija. Las personas acabarán por darse cuenta de que la convivencia es imposible en el mundo, si carecemos de respeto hacia nuestros semejantes.

Vivien inclinó la mirada.

—A veces me invade el desaliento. Llego a pensar que todo nuestro esfuerzo será inútil.

—Nunca se debe decir que es inútil seguir el Camino del Amor y de la Justicia, hija. Cuando se consigue respetar a nuestros semejantes y nos granjeamos la amistad de las personas con las que convivimos, nada debe preocuparnos. Todos los obstáculos serán vencidos y los problemas desaparecerán.

Vivien permaneció en silencio.

Sensei le escrutó el semblante y sacudió la cabeza, pesaroso.

—Ahora me toca a mí pedir perdón, Vivien —dijo, en tono grave —. He hablado como un necio sin advertir el problema que te agobia y que fácilmente se puede leer en tu mirada.

La chica levantó la cabeza con rapidez e inició una protesta.

—¡Oh, no debe...!

El Maestro la cortó, con un ademán.

—¿Se trata de tu hermano, hija?

Vivien tardó unos segundos en responder.

—Sí —murmuró apagadamente después—, Jimmy no tiene malos sentimientos, en el fondo. Sólo que... es impulsivo y tiene el defecto de querer arreglar el mundo a su manera. Sin reparar en que se juega la vida diariamente. Desde su programa ataca abiertamente a las personas que, según su propio criterio, son indignas de ocupar un puesto en nuestra sociedad.

Sensei la miró fijamente.

—¿Consideras que eso es malo?

—Considero que es un insensato suicida y el día menos pensado lo encontrarán muerto en cualquier lugar.

—Nada hay más bello que morir por lo que uno mismo cree justo. Tu hermano piensa y actúa de una forma completamente distinta a la nuestra. La occidental y la oriental son dos maneras opuestas de contemplar la vida que palpita en torno a nosotros. Estoy convencido de mis creencias, en mi mente no existe ninguna sombra, pero... ¿Puedo asegurar que el mundo occidental esté equivocado? ¿Acaso no existen personas de otras razas y creencias que sin ellos mismos saberlo, poseen lo que nosotros llamamos *Do?* Todo es relativo en el universo, hija mía.

Vivien guardó un largo silencio y luego buscó los ojos de su suegro.

—No acabo de entender sus palabras, Maestro.

—¿Quién puede culpar al tigre de matar a otros animales que habitan en la selva con él? ¿Quién puede culpar al viento de arrancar las ramas de un árbol? ¿Quién puede culpar al invierno de poner alfileres de frío en nuestros cuerpos? —Sensei hizo una pausa y añadió —: Si encuentras respuestas a mis preguntas tu mente será lúcida, Vivien. Los ojos de tu cerebro verán, con claridad, la solución.

De nuevo hizo Vivien un intervalo. Luego empezó a decir, hablando pausadamente:

—Temo que no he asimilado debidamente las enseñanzas recibidas, Maestro. A pesar del profundo amor eme me inspiró Tomiki, a pesar de la admiración y respeto que siento por usted..., hay ocasiones en las que no puedo ver con la debida claridad el Camino. Mi mente queda invadida por la sangre que corre por mis venas, la sangre de mi raza. Entonces llego a pensar que nunca tendré *DO,* que la antiviolencia inculcada en mí por Tomiki y por usted... se romperá en mil pedazos.

Sensei rió suavemente.

—Eso nunca sucederá, hija. En el mundo existen muchas personas que dominan la técnica de las Artes Marciales y sin embargo, carecen del auténtico espíritu Budo. Tomiki te adiestró en algunas Artes Marciales, pero al mismo tiempo, te inculcó el *Do*... o mejor dicho: lo descubrió dentro de ti. Aunque, en ocasiones, temas lo contrario, jamás harás nada que empañe tu código del honor y de la justicia. Y aún te diré algo más hija mía. Te quiero por tus virtudes y por ser miembro de mi familia. Por eso voy a decirte una cosa que quizá te sorprenda, porque nunca antes lo he dicho a nadie.

Vivien esperó silenciosa las palabras de su suegro.

Y éste dijo mirándola al fondo de los ojos:

—Ser budoka no significa, en modo alguno, ser cobarde y huir de la pelea si ésta se presenta. Es cierto que debemos rehuirla siempre que nos sea posible hacerlo. Por respeto a nuestros semejantes, y, sobre todo, a nosotros mismos. Pero si un enemigo intenta hacernos

daño… que los dioses se apiaden de él.

—¿Quiere eso decir que debo ayudar a Jimmy, padre?

—Eso te lo dictará tu propia conciencia, ya que es con ella con la que debes vivir. Por mi parte… estoy seguro que nunca cometerás un acto indigno de las enseñanzas recibidas.

—Gracias, Maestro.

—Prefiero que me llames padre, Vivien.

—Sí, padre.

Hubo un largo silencio entre los dos y finalmente, acabó rompiéndolo la chica.

—¿Se siente a gusto viviendo aquí, padre?

—Creo que sí, Vivien. A mí alrededor tengo todo lo necesario para vivir y meditar. No voy a negarte que siento añoranza de mi país, pero… Japón ha dejado de ser ya lo que era. Su fisonomía ha sufrido una tremenda mutación con la llegada de los extranjeros. Ahora, la mayoría de sus hombres y mujeres visten al estilo occidental. Esto no es malo. Pero sí el hecho de que haya cambiado el espíritu de esas personas. Las grandes ciudades se han industrializado hasta límites insospechados. Ya no existe sosiego en ellas. Todo el mundo tiene prisa…

Tras una breve pausa terminó Sensei:

—No obstante, deseo que mi cuerpo inerte repose allí, el día que me falte el aliento. Vivien asintió emocionada.

—Eso no debe preocuparle, padre. Llegado el momento, yo me ocuparé de cuanto haga falta.

—Lo sé y te lo agradezco, Vivien. —Sensei reflejó en su hierático semblante una expresión apenas perceptible de sorpresa—. ¿Quieres decirme, ahora, a qué se debe la inquietud que se está apoderando de ti?

La chica bajo los ojos.

—Siento turbar la paz de tu morada, padre.

—Debes decirme lo que te preocupa.

Vivien vaciló unos instantes,

—El programa de Jimmy está a punto de comenzar y desearía verlo en su compañía.

Sensei movió despacio la cabeza.

—Comprendo. Quieres oír lo que pienso respecto de tu hermano, después de haberlo escuchado.

—Me siento avergonzada…

Sensei la cortó, haciendo un suave ademán.

—Vamos al salón contiguo, hija. Allí tengo instalado un televisor. ¿Te das cuenta que hasta un viejo Sensei puede caer en la trampa de la técnica? Aunque en realidad, sólo lo conecto cuando me interesa conocer lo que ocurre en el mundo.

Abandonando sin esfuerzo aparente su postura en *zanzen,* añadió:

—Pero ésta es una ocasión especial, hija.

CAPÍTULO II

La pantalla del televisor se iluminó en el Instante en que una atractiva rubia decía:

—...Y podrán ustedes iniciar sus discusiones viendo los treinta minutos del polémico Jimmy Mackenzie.

La rubia desapareció y en la pantalla quedó enmarcado un hombre de rostro varonil, cabellos castaños y ojos azules, en los que parecía brillar una chispa irónica. Tendría unos veintiocho años y vestía deportivamente. Tan pronto fue enfocado por las cámaras empezó a decir, con jovial entonación:

—¡Hola, amigos! Bienvenidos a los treinta minutos de Jimmy Mackenzie. Hoy iniciamos un nuevo caso en el que, como ya es habitual, pueden ustedes tomar parte desde sus domicilios. Necesito la ayuda de todos, ya que resulta imposible para un hombre solo desenmascarar a los parásitos que indebidamente ocupan un puesto en nuestra sociedad. Pero no se preocupen, no sientan la menor alarma, no crispen los nervios pensando que les voy a pedir un sacrificio... Si se escapa algún tortazo, una puñalada traicionera o un disparo alevoso... lo recibirá Jimmy Mackenzie.

Hizo una pequeña pausa y en seguida añadió:

—Ustedes únicamente deberán telefonear al número que ven sobreimpresionado, en el supuesto que puedan facilitar algún dato interesante para esclarecer el caso del que vamos a ocuparnos. Y desde luego deben conservar el anonimato. Como siempre, deseo hacer constar, una vez más, que estoy dispuesto a colaborar con la policía desde el momento en que me sea solicitado oficialmente. Y contando con la recíproca colaboración de ellos, por supuesto. Ahora voy a sostener el primer diálogo con la persona invitada esta noche. Les ruego que presten atención a todo cuanto nos dirá, porque vale la pena escucharlo.

La cámara que lo enfocaba se retiró y en la pantalla aparecieron dos confortables sillones. Uno estaba ocupado por Jimmy Mackenzie y en el otro tomaba asiento una mujer que mostraba la cabeza cubierta por un oscuro velo.

Mackenzie no perdió ni un segundo y comenzó diciendo:

—En efecto, como ya han podido adivinar, se trata de una mujer. Su silueta es inconfundible. Si tiene la cara cubierta, no es porque sea horrorosa ni mucho menos. Al contrario, puedo asegurarles

que se trata de una muchacha a la que cualquier caballero invitaría gustoso a un fin de semana para... lo que ustedes piensan. Sin embargo, mi obligación es proteger su vida y no tengo otro remedio que hacerlo. Cuando escuchen lo que ella nos relatará comprenderán que mi medida es acertada. Más adelante, en programas sucesivos, les prometo que verán su rostro y conocerán su verdadero nombre. De momento la llamaremos... Rhonda,

Acto seguido, giróse a la mujer de la cabeza cubierta que se mantenía erguida, sin apoyar la espalda en el respaldo del cómodo sillón. Sonrió amigablemente al tiempo que decía:

—Tiene que relajarse, Rhonda. Deseo que conteste con la verdad absoluta a cuantas preguntas le formularé. ¿Está dispuesta?

—Sí.

—¿Tiene miedo en estos momentos?

—No lo sé, en realidad. Jimmy Mackenzie arrugó el ceño.

—¿Qué quiere decir eso, Rhonda?

Ella pensó unos segundos la respuesta.

—He pasado tantos momentos de terror en mi vida... No, creo que no tengo miedo, ahora. Estoy dispuesta a sacrificarme si es preciso, con tal de evitar que otras chicas pasen por lo que yo he pasado.

—¿Le importaría explicar lo que usted ha pasado, Rhonda?

—No. He venido a eso.

—Creo adivinar en sus palabras que ha sufrido mucho en su corta vida, Rhonda. Porque usted es una mujer joven.

Ella asintió.

—Soy joven y he sufrido las peores vejaciones que una muchacha pueda soportar. Ambas cosas son ciertas.

La voz de Mackenzie se hizo suave, persuasiva...

—¿Por qué no se tranquiliza y nos relata todo cuanto le ha sucedido en los últimos meses, Rhonda?

La mujer del rostro cubierto titubeó.

—No sé... por dónde empezar.

—Hágalo por el principio, Rhonda —invitó, con una leve sonrisa, Jimmy—. Puedo asegurarle que nuestros telespectadores se muestran muy interesados en conocer su historia completa.

Ella volvió a titubear, visiblemente. Luego empezó a explicar con tensa entonación:

—Procedo de un pequeño pueblo donde me asqueaba vivir. Estaba harta de sufrir el constante asedio de los hombres. Tipos repugnantes que sólo veían en mi a... una buena compañera de cama. Yo...

Al observar que la muchacha se interrumpía un tanto azorada, animó Jimmy:

—No se sienta cohibida, Rhonda. Estamos entre amigos, puede, hablar con absoluta claridad —hizo un inciso y volviéndose a la cámara, agregó—: Si todavía hay algún pequeño delante del televisor... ruego a sus padres que lo envíen a dormir, porque ya es hora. Puede continuar su relato, Rhonda.

—Estaba harta y no se me ocurrió otra salida que escapar de casa. Vine a San Francisco con el firme propósito de abrirme camino en la vida. Al principio, trabajé en diversos empleos. Dependienta en unos grandes almacenes, asistente en un importante hotel, camarera en un bar de dudosa reputación... Quería ganar mucho dinero. Fue en ese bar donde hace unos tres meses se me aproximó un cliente, diciendo que tenía un extraordinaria empleo donde una chica de mi belleza podía sacar una mensualidad cuatro veces superior a la que sacaba en el bar. Al principio lo envié a tomar viento porque sospeché que se trataba de algo sucio. Pero el fulano me convenció de que estaba equivocada. Aseguró que sólo debía pasar unos modelitos por una pasarela.

La muchacha se detuvo un instante y Mackenzie aprovechó la ocasión para meter baza:

—Puede tomarse un respiro, Rhonda. Creo que vamos sobrados de tiempo y es conveniente que todas las personas que nos ven y nos escuchan, puedan ir imaginando la índole del problema.

—Disculpe...

—¡Por Dios, Rhonda...! —exclamó Mackenzie, jovial—. Soy yo quien debe pedirle disculpas por hacerla hablar tanto tiempo. ¿Desea que hagamos una pausa para recuperarse?

Ella movió la cabeza en sentido negativo.

—Prefiero seguir.

—Está bien —suspiró, levantando los brazos, Jimmy—. Pero antes permítame decir algo a nuestros telespectadores.

Giróse otra vez a la cámara y dijo:

—Los que estén viendo mi programa por primera *vez,* es posible que se extrañen de mi desenfadada forma de hablar. Y mucho más, tratándose de un asunto grave como parece ser el que nos ocupa. Sin embargo, deseo aclarar que en cada caso me juego la vida puesto que soy la cabeza visible. Y la verdad, amigos... si tengo que ir a la muerte será con una sonrisa en los labios.

Guardó silencio unos instantes y miró de nuevo a su invitada.

—Puede continuar su relato, Rhonda. Estábamos con el individuo que le ofreció una fortuna por pasar modelitos.

—Era una trampa —murmuró ella, apagadamente—. Yo pensé...

Jimmy la interrumpió con un gesto.

—Le suplico que hable un poco más alto, Rhonda. Si alguien tiene que subir el volumen de su receptor, puede despertar a los niños.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Aquel hombre me aconsejó cambiar de alojamiento —siguió diciendo—. Explicó que era para no tener problemas con la policía, a la hora de sacar el pasaporte. Debía salir al extranjero y era conveniente aparentar mayor edad.

—¿No llegó a recelar de él, en ningún instante?

—No me dio motivos. Su comportamiento fue correcto siempre.

—Entiendo. Siga, Rhonda.

—Permanecí tres semanas alojada en aquellos apartamentos...

—¿En qué apartamentos, Rhonda?

—Bueno... he olvidado decir que aquel hombre se encargó de buscarme alojamiento en unos apartamentos para señoritas solteras. Allí me alojó con nombre supuesto y edad superior a la mía. Fue cuando me dijo lo del pasaporte.

—Comprendido, Rhonda. Puede seguir.

—Un día vino a verme y me entregó cinco mil dólares, como anticipo. Al extrañarme por recibir aquella fabulosa cantidad, aseguró que las modelos cobraban un sueldo extraordinario y que ganaría mucho más si me portaba bien. Al día siguiente regresó anunciándome que todo estaba dispuesto para la marcha. Viajaríamos en un gran yate por todo el Pacífico. Éramos otras cuatro chicas y yo. Las cinco teníamos que pasar modelos en distintas ciudades importantes. Me habló de Honolulú, Sydney, Melbourne... Ante mis ojos puso un mundo como jamás había podido imaginar.

—¿Cuándo descubrió el engaño, Rhonda?

La muchacha inclinó la cubierta cabeza.

—Al día siguiente de emprender el viaje. En el yate viajaban nueve tipos de la peor especie. Las cinco muchachas nada pudimos hacer para impedir lo que nos ocurrió. Los nueve cerdos repugnantes... nos violaron tantas veces como les vino en gana. Nos convirtieron en piltrafas humanas y creo que... hasta perdimos el deseo de seguir viviendo. Jamás, en mi vida, me he sentido tan sucia...

Mackenzie se inclinó hacia ella posando la mano en el hombro femenino.

—Procure calmarse, Rhonda. Voy a solicitar un intervalo...

—No lo haga —pidió la mujer con energía—. Deseo que todo el mundo sepa cuanto antes, la clase de animales salvajes que andan sueltos haciendo un daño irreparable; que todas las jóvenes desconfíen de cualquier hombre elegante que se les acerque ofreciéndoles ganar mucho dinero; que los padres...

Su voz se quebró en un sollozo.

Jimmy Mackenzie palmeó torpemente su hombro.

—Tenga serenidad, Rhonda —mirando a la cámara, añadió—: Dentro de unos minutos volveremos a estar con ustedes.

* * *

Tres minutos más tarde reaparecían el presentador y su invitada ante las cámaras. Jimmy Mackenzie se dirigió a los telespectadores diciendo en desacostumbrado tono grave:

—El estado emocional de nuestra invitada no se ha restablecido totalmente, amigos. Le he sugerido dejar el resto para mañana, pero ella se ha negado valientemente y desea terminar hoy su relato —hizo un pequeño inciso y dijo a continuación—: La persona que crea que esto es un folletín preparado de antemano puede cambiar de canal y olvidarse de nosotros. Si lee en cualquier periódico la muerte violenta de Jimmy Mackenzie tal vez quede convencida.

Una nueva pausa y otra vez se giró a la mujer.

—¿Está dispuesta para seguir., Rhonda?

—Sí.

—Vuelvo a insistir...

—Déjeme hablar, por favor.

Jimmy Mackenzie encogió los hombros resignado.

—Usted tiene la palabra, Rhonda.

La mujer dirigió el rostro cubierto a la cámara y empezó a explicar denotando firmeza de voz:

—El viaje fue interminable. Cuando llegamos al final estábamos mentalizadas para soportar los mayores sufrimientos. Aquellas bestias nos quitaron todo cuanto poseíamos... hasta la voluntad de seguir luchando. Nos resignamos de antemano a cuanto nos pudiera ocurrir en adelante. Ya sabíamos que terminaríamos en un burdel de cualquier ciudad. Y puedo jurar que ya nada nos importaba. Dos de las chicas fueron desembarcadas una noche. Creo que ocurrió en Manila, aunque me resulta imposible asegurarlo. Las otras tres fuimos llevadas a Hong Kong.

Mackenzie volvió a interrumpirla:

—Tómese un descanso, Rhonda.

—Ya falta poco —respondió la muchacha—. En esa ciudad fuimos vendidas como carne humana al mejor postor. Sucedió en un sótano y fue denigrante, nauseabundo... Nunca llegué a pensar en tantas vejaciones. Finalmente nos llevaron a un burdel como habíamos supuesto. Allí he pasado semanas horribles. Unos hombres de aspecto siniestro nos vigilaban a todas horas.

—¿Cómo consiguió escapar, Rhonda?

—Se lo debo a un inglés que se apiadó de mí. Estuvimos varias veces en... la cama y descubrí que era una buena persona. Decidí contárselo todo y él prometió ayudarme a escapar. Y cumplió su palabra. Creo que mi libertad le costó una fuerte suma aunque él me aseguró lo contrario. Pude leer en sus ojos que estaba enamorado de

mí.

—¿Qué ocurrió después, Rhonda?

—Antes de dejarme salir del burdel procuraron intimidarme.

—¿Qué le dijeron, exactamente?

—Que en el mundo no habría un lugar donde poder esconderme de ellos si contaba lo que me había ocurrido.

—¿Y después qué hizo?

—Aquel hombre, el inglés, me dio dinero suficiente para regresar a mi punto de partida. Le ofrecí quedarme con él, pero comprendió que lo hacía por agradecimiento y se negó rotundamente. Dijo... que nunca se puede predecir el destino y que tal vez volveríamos a encontrarnos.

—Un hombre en todo el sentido de la palabra.

—Le estoy profundamente agradecida... En realidad... vine a verle a usted por él. Pensé que su gesto desinteresado debía ser correspondido de alguna manera. Me sentiré orgullosa si puedo evitar que otras muchachas pasen por lo que yo he pasado.

Mackenzie sacudió la cabeza afirmativamente.

—Eso la honra, Rhonda.

—No es eso lo que busco. Le prometo...

Jimmy la cortó haciendo un ademán y se dirigió a la cámara.

—Lo siento, pero el realizador me está avisando de que faltan tres minutos escasos para que terminen los treinta de que dispone mi programa. Es una lástima que no podamos seguir charlando con esta valerosa chica. Sin embargo, podemos hacerlo mañana.

Hizo una breve pausa y terminó:

—Ustedes han escuchado el relato de esta mujer a la que seguiremos llamando Rhonda, aunque no sea ése su verdadero nombre. Lo que le ha ocurrido a ella es algo tan viejo como el mismo mundo. Pero no podemos cruzarnos de brazos ante un crimen tan despreciable. Desde este programa lanzo mi reto a esos seres sin escrúpulos que tratan a las personas como si fueran animales, a esos salvajes incalificables. Y les prometo, amigos, que haré cuanto esté en mis manos por desenmascararlos a poco que ustedes me ayuden.

CAPÍTULO III

Vivien Mackenzie desconectó el receptor.

Entre ella y *Sensei* Hokusai se estableció un largo silencio. Finalmente se giró la chica y lo rompió preguntando:

—¿Qué puede decirme, Maestro?

—Poca cosa, Vivien —respondió despacio el japonés—. Y sigo prefiriendo escuchar la palabra padre, de tus labios.

Vivien frunció levemente el ceño.

—¿No ha sacado ninguna conclusión?

Sensei movió la cabeza, entristecido.

—Poca luz puedo poner en tu senda, hija. Ver a una persona en una pantalla de televisión y escucharla hablar, no es suficiente para juzgarla acertadamente. Y si no se puede emitir un juicio sereno sobre una persona es preferible guardar silencio. Nunca debemos hacer daño pronunciando palabras necias.

La chica palideció.

—Jimmy es mi hermano.

—¿Crees que lo ignoro? Aunque no lo supiera podría adivinarlo por la ansiedad de tu rostro.

Vivien continuó mirándole fijamente.

—Tiene que ayudarme, padre. Sensei asintió levemente.

—Voy a intentarlo, hija. Y sólo deseo no equivocarme en lo que te diré. Para hablarte de Jimmy Mackenzie y su programa debo situarme en un ángulo muy distinto al de mis propias convicciones. Tengo que adaptar mi mente a la forma de pensar occidental y eso resultará muy difícil a mis años. Quiero que comprendas todo eso y que si lo hago es debido al profundo cariño que te tengo. No lo haría por nadie más.

Vivien dio una lenta cabezada.

—Me hago cargo, padre.

—Está bien —suspiró levantando los hombros, el japonés—. Analicemos un poco a Jimmy Mackenzie.

Hizo un corto inciso y en seguida empezó a decir:

—Es una evidencia irrefutable que tu hermano sabe jugar con los sentimientos humanos. O por lo menos, con la forma de sentir occidental. También se advierte que es un excelente profesional y que a su manera... intenta encontrar el camino de la concordia y la justicia. Lo hace teatralmente, pero desde luego, se juega la vida en el

empeño. Eso ya es digno de elogio, aunque él lo haga para conseguir una popularidad o ganar dinero en abundancia. Creo... que en el fondo, Jimmy Mackenzie es bastante irresponsable.

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

—Y no te faltan motivos para estar preocupada, Vivien. Porque tu hermano es el clásico *kamikaze* que no cesa en su empeño hasta lograr su objetivo... o la muerte. Utilizando una frase de tu país: «Jimmy Mackenzie se encuentra sentado sobre un barril de pólvora.» Un barril de pólvora que puede estallar en cualquier instante.

Vivien dio unos pasos por la estancia.

—Lo que significa que Jimmy necesitará ayuda.

—Más de la que te imaginas.

—Recurrirá a mí, como en otras ocasiones —murmuró como hablando consigo misma, Vivien—. Pero yo no puedo dedicar mi existencia a una lucha continua contra gente que ningún daño me ha causado. Tomiki inculcó en mí que un budoka...

Sensei la cortó, levantando la mano izquierda.

—Creo que estás equivocada, hija. Un budoka no puede ser jamás un sicario, un aventurero; un luchador que se alquile por dinero. No puede serlo, si comprende realmente la esencia y el espíritu del Budo, porque la primera victoria debe ser sobre sí mismo. Pero un budoka será siempre un defensor infatigable de la justicia, una persona que luchara incluso hasta la muerte cuando se trate de castigar a unos miserables capaces de las peores canalladas.

Vivien permaneció unos instantes pensativa.

—¿Quiere darme a entender que debo ayudar a Jimmy?

—Eso tienes que decidirlo tú, hija mía. ¿Crees que la causa por la que lucha tu hermano es justa? Sensei sonrió enigmático.

La chica lo miró fijamente y después de unos segundos acabó inquiriendo a su vez:

—¿Lo cree usted, padre?

Ahora la sonrisa de Sensei fue abierta.

—Eres una mujer muy inteligente y sagaz, Vivien. En mi humilde opinión, Jimmy Mackenzie es un extraño defensor de la justicia. Pero en el fondo, un hombre justo.

* * *

—Eres un granuja, Jimmy Mackenzie.

—Lo soy, nena.

—Has ido demasiado lejos con el engaño.

Jimmy Mackenzie besó apasionadamente los labios femeninos y sintió que el cuerpo desnudo de la chica se estremecía de placer bajo el suyo.

Su piel quemaba.

Minutos más tarde jadeó, junto a su oído:

—Te has portado como una consumada actriz, Rhonda.

Shirley Dunham, una morenita de unos veinticuatro años y que era dueña de un cuerpo espléndido, se desprendió furiosa de los brazos de Jimmy y saltó fuera de la cama.

—¡No me llames por ese nombre! —gritó crispando los puños—. Cada vez que recuerdo el miedo que pasé ante las cámaras.

—Un momento, cariño —dijo calmoso Jimmy Mackenzie—. El que daba la jeta era yo, ¿no? Tú tenías la cabeza cubierta.

Los ojos de ella fulguraron.

—¿Vas a reprochármelo encima?

—No, mi amor —chasqueó la lengua Jimmy—. La verdad es que me siento orgulloso de ti. Te portaste de una forma maravillosa ante las cámaras. Seguro que todo quisque creyó a pies juntillas tu patético relato.

Shirley se giró escrutándole el rostro.

—Dime una cosa, Jimmy.

—¿El qué?

—¿Cuándo cobraré los mil dólares prometidos?

—Tan pronto le ponga la vista encima a Zachary Hammond.

—Espero que sea pronto.

—Descuida.

—¿Y qué piensas sacar de todo el engaño?

Mackenzie movió la cabeza chasqueando la lengua.

—Dijiste una cosa y eso son dos, Shirley.

—¿No quieres responder a mi pregunta?

—¿A qué pregunta?

La morenita respiró con fuerza.

—No te hagas el tonto que sabes a lo que me refiero. Esta noche acabas de montar una farsa impresionante, dedicada con todo cariño a muchas personas que creen en tu honradez profesional. ¿No quieres decirme lo que piensas sacar de ella?

—Dinero y fama.

—Por lo menos eres sincero en la intimidad.

Mackenzie encendió un cigarrillo y lo tendió a la chica. Ella se aproximó poniéndoselo entre los labios y el joven encendió otro para él. Después le exhalar la primera bocanada de humo, comentó con sarcástica entonación Shirley:

—Es la primera vez que colaboro contigo y espero que sea la última, sabihondo. Pero imagino que la mayoría de tus programas deben basarse en el engaño, ¿no? En adelante, cuando vayan a empezar los treinta minutos de Jimmy Mackenzie, cambiaré el canal.

—Pues harás muy mal, mi amor. Siempre se puede aprender algo cuando se escuchan a tipos tan inteligentes como yo.

—Eres la mar de modesto, Jimmy.

—No puedo permitirme el lujo de serlo.

—De acuerdo —suspiró la morenita—. Ese problema es tuyo y no mío. Sólo me incumbe cobrar esos mil dólares y desaparecer para siempre de tus cochinos engaños.

Jimmy Mackenzie tendió las manos hacia ella.

—Si es verdad que no volveremos a vernos tendríamos que despedirnos en toda regla. Ven aquí, nena.

Shirley sacudió la cabeza enérgicamente.

—Ni hablar, lioso.

—¿No te complace mi compañía?

—Para una vez…

—Eres injusta, Shirley. Cuando se trata de dar el pecho cumplo como el más pintado.

Shirley Dunham caminó con la cabeza erguida en dirección a la puerta del cuarto de baño y Jimmy rió entre dientes admirando una vez más el espléndido cuerpo femenino.

Tan pronto hubo desaparecido de su vista se puso a sonar el teléfono y lo atrapó Jimmy de un manotazo. Aproximando el auricular a su oído gruñó: —Mackenzie.

Al otro lado del hilo aulló una voz colérica: —¡Eres un maldito cerdo, Jim! ¡Cuando te pille…!

CAPÍTULO IV

—Ya me puedes pillar, Zachary.

Zachary Hammond, de unos veintinueve años, ojos saltones, cejas aplastadas y fornida estatura, descargó un furioso puñetazo en la mesa que tenía delante. Había saltado en pie como impulsado por un resorte, cuando Jim Mackenzie penetró en su despacho.

Conteniendo a duras penas la ira que lo dominaba, rugió:

—¿Qué infiernos eres tú, Jim? ¿Un buen periodista o un maldito maniático sexual? —Escucha, Zachary...

Hammond extendió las enormes manos ante los ojos de Mackenzie.

—Sólo tiene que decírmelo y te dejaré en paz, Jim.

—Eres una mierda, Zachary.

El grandullón boqueó asombrado.

—¿Cómo dices?

—Que eres una mierda seca y no me cansaré de repetirlo, Zachary —lo atajó con dureza, Mackenzie—. Este despacho te viene tan ancho como unos sujetadores a la gata de mi vecino.

Zachary Hammond le apuntó con el índice extendido.

—¿Lo ves? No puedes pensar más que en esas cosas, Jim...

—Siéntate, Zachary.

—No voy a consentir que...

—¡He dicho que te sientes, Zachary!

A pesar de su gran corpachón y de sus descomunales manazas, toda la furia que parecía tener Zachary Hammond se volatizó como por arte de magia. Se arrugó ante el brillo colérico que vio en las pupilas de Mackenzie y resollando se dejó caer en el sillón.

Jimmy acudió despacio a su lado y le clavó un dedo en el hombro.

—¿Quién te hace ganar dinero, Zachary?

—Escucha, Jim, hombre...

—Tú me vas a escuchar, muchacho— lo cortó Mackenzie—. Cuando te conocí eras un boxeador sin porvenir que tenía unas cuantas perras ahorradas. ¿Y qué pasó? Te propuse abandonar el boxeo y convertirte en mi productor. Aceptaste porque ya estabas harto de recibir tortas de todas partes, ¿sí o no?

—Podía llegar a campeón de...

—Recibir trompazos. Ya eras campeón de eso, muchacho. Con que te fijes un poco en el tipo que tienes delante cuando te afeitas está dicho todo. Yo he multiplicado tu dinero y no voy a consentir que estropees mis planes futuros, ¿lo entiendes?.

Hammond se pasó el dedo por el cuello de la camisa.

—Esta vez has ido demasiado lejos, Jim. —Yo creo que no.

—He leído la carta que me dejaste en si sitio secreto que tenemos acordado. Lo hice mientras presenciaba tus asquerosos treinta minutos de programa. Esa chica...

—¿Que has hecho con ella, Zachary?

El grandullón abrió mucho los ojos.

—¿Eh...? A la chica te la llevaste tú como de costumbre. Tienes que pasar por la piedra a todas...

Mackenzie inspiró aire.

—Me estoy refiriendo a la carta, Zachary.

—La quemé.

—¿Estás seguro?

—¡Claro que estoy seguro, infiernos!

—Bien hecho. Se trata de un asunto grave y sobre todo muy secreto.

—Seguro, Jim. Si la gente se entera de que les tomas el pelo tendremos que emigrar de los Estados Unidos.

¿Cómo diablos se te ocurrió montar un tinglado semejante?

—Tengo imaginación.

—Lo que tienes es una cara dura impresionante, Jim.

—Lo admito. Siempre admito las críticas cuando son constructivas. Pero no olvides que te estás forrando con la producción de mis polémicos programas.

—También he recibido muchos sustos de muerte, Jim. En tu último caso sin ir más lejos, las pasamos canutas. Aquellos hampones nos iban a convertir en picadillo y faltó poco para que lo consiguieran.

—¿Y qué quieres? ¿Comerte las uvas sin subirte a la parra?

Zachary Hammond chasqueó la lengua ruidosamente, al tiempo que sacudía la enorme cabeza.

—Sigo opinando que esta vez te has pasado, Jim. Una cosa es jugarse el físico con la verdad por delante y otra muy distinta es tomarle el pelo a toda California.

Mackenzie tomó asiento en el ángulo de la mesa.

—No le he tomado el pelo a nadie, Zachary.

—¿No, eh?

—Te estoy diciendo que no. Hammond emitió un gruñido.

—Te estás olvidando de jugar limpio, Jim. La fama se te sube a la cabeza y eso te creará problemas. Lo que has hecho en el programa de esta noche...

—Me he limitado a exponer un hecho cierto que todo el mundo conoce.

—No me digas. Y el folletín que relató esa tunanta también es algo en lo que hay que creer, ¿no?

—Shirley estaba aleccionada por mí y se limitó a explicar cuanto le dije con anterioridad. Por cierto que lo hizo bastante bien. Mucho

mejor de lo que esperaba.

—O sea, que la aleccionaste para contar una mentira, ¿no?

—Exacto

—¿Y no te da vergüenza confesarlo?

—¡No, so idiota! —dijo Mackenzie, tratando de mostrarse sereno —. El relato de Shirley no es cierto, pero la trata de blancas existe.

—Eso ya lo sabemos.

—Entonces no hemos mentido del todo. Dispongo de buenos contactos y he reunido algunos datos sueltos, Zachary —dijo Jimmy —, Alguien está sacando chicas del país utilizando un yate particular. También he podido averiguar que Hong Kong está sirviendo, desde hace años, como ciudad receptora de prostitutas. Luego, si no se quedan en alguno de esos famosos burdeles llamados barcos de flores, son distribuidas por otras ciudades de Oriente. Muchas chicas de las que desaparecen diariamente acaban convertidas en *trotonas* de ciudades como Hong Kong, Singapur, Shangai... Un tráfico denigrante para los seres humanos, Zachary.

Hammond permaneció unos segundos en silencio y después sacudió la cabeza reconociendo:

—No se puede consentir que eso ocurra, Jim.

Mackenzie sonrió.

—Ya vienes a las mías.

—Pero tú has contado un cuento chino por televisión, Jim — protestó, en tono airado, el grandullón—. Con la farsa que has montado no ayudas en absoluto a esas pobres chicas. Shirley Dunham no ha salido en toda su vida de los Estados Unidos. Y mucho menos se ha pasado una temporada en un asqueroso burdel de Hong Kong.

—Eso sólo lo sabemos, ella, tú y yo, Zachary.

—¿Y supones que la policía se movilizará después de tu programa?

—No me interesa que la policía meta las narices por ahora.

—¿No, eh? Pues ya me explicarás...

Súbitamente guardó silencio Zachary Hammond y se quedó mirando a Jimmy con los ojos muy abiertos El periodista se percató del derrotero de sus pensamientos y acentuó la risita.

—¿Te das cuenta adonde quiero llegar, Zachary?

El grandullón estaba intensamente pálido y bisbiseó:

—Me da miedo pensarlo.

—Pues me parece que lo has adivinado, muchacho.

Hammond apretó los maxilares y le apuntó furioso con el índice.

—De todos tus malditos líos, éste es el más canallesco, Jim. No tienes derecho a jugarte mi vida...

—El que algo quiere, algo tiene que exponer, Zachary.

—¡Pero no la vida, imbécil!

Jimmy Mackenzie le dirigió una torva mirada.

—Sigue insultando y te saco varios molares sin anestesia, muchacho. Me ponen nerviosos los gritos.

—Y a mí me pone nervioso que un cretino como tú se juegue mi vida por las buenas. Es demasiado bonita para perderla así como así.

Mackenzie gesticuló moviendo ambas manos hasta haber conseguido que su amigo guardara silencio. Después empezó a decir lentamente:

—Reconozco que el plan es algo arriesgado, pero no puedes negarme que es excelente, Zachary. Esos tipos que se dedican a sacar muchachas fuera del país no tienen forma de averiguar si alguna de ellas ha logrado escapar. Son demasiadas y les llevaría mucho tiempo averiguarlo. ¿Qué supones que estarán pensando después de ver mi programa de esta noche? Yo te lo diré: seguro que andan ansiosos por averiguar hasta qué punto puede comprometerlos la muchacha de la cabeza cubierta.

Hammond dio una cabezada.

—Eso es lo malo.

—Al contrario, Zachary; eso es lo bueno. Ignoran que les he tendido una trampa y tratarán de echarme el guante para sacarme todo cuanto la supuesta Rhonda me haya podido contar.

—Y cuando te atrapen vas aviado, Jim. No se creerán lo de la trampa aunque se lo jures sobre la Biblia. Luego, una vez puestos en faena, se llevarán al productor del programa para sacarle la piel a tiras.

—Pero tendremos algo para empezar, Zachary.

—Para empezar... ¿a qué, desgraciado? Cuando esos tipos se pongan en movimiento y nos atrapen, iremos al fondo de la bahía con un trozo de hierro atado a los pies.

—Mala suerte —levantó los hombros, Mackenzie—. Pero yo sigo teniendo confianza...

—¿Mala suerte? —repitió el grandullón haciendo un gallo con la voz—. Lo que es yo me largo de aquí, locutor de mierda.

Jimmy inspiró aire llenando los pulmones.

—No puedes irte, Zachary.

—¿Que no? Antes de una hora estoy a bordo de un avión que me lleve a miles de kilómetros de San Francisco. ¿Qué te parece Grecia para pasar unas vacaciones?

—Hay demasiados griegos.

—Y son buena gente, ¿no?

—No te lo discuto. Pero tu puesto está aquí a mí lado, Zachary. Si me abandonas ahora...

—Naturalmente que te abandono —exclamó Hammond levantándose del sillón—. Tú eres un polvorín a punto de explotar,

Jim. Cuando estalles estaré lo más lejos posible de ti.

Jimmy Mackenzie levantó los brazos haciendo un ademán de resignación.

—Está bien —suspiró—. Puedes largarte si quieres, muchacho. El mundo está lleno de desgraciados. Yo me he jugado muchas veces la piel para llenarte los bolsillos de dólares y éste es el pago que obtengo. Por una vez que voy a necesitar tu ayuda... no se te ocurre otra cosa que salir corriendo abandonándome. La verdad es que...

Zachary Hammond regresó a su sillón. —Me quedo, Jim.

Mackenzie se sintió orgulloso de su poder persuasivo. —Sabía que acabarías por quedarte, Zachary. —No puedo irme ya, Jim.

—Lo comprendo, muchacho, lo comprendo. Te remuerde la conciencia y...

—No seas imbécil, Jim —lo cortó malhumorado Hammond—. Lo que ocurre es que han llegado los peces.

—¿Qué peces?

—Gírate hacia la entrada y los verás.

Jimmy Mackenzie frunció el ceño y obedeció lentamente la indicación de su amigo. Respingó sobresaltado porque cuatro fulanos de fea catadura habían penetrado sigilosamente en el despacho sin que él se diese cuenta.

El que tenía más cara de bestia avanzó golpeándose la palma zurda con el puño derecho.

—Ahora vamos a tener treinta minutos, pero en privado, Mackenzie.

CAPÍTULO V

Sentada tras su mesa, en la oficina de dirección del *Dojo* Tomiki, miró Vivien Mackenzie al hombre de raza oriental que permanecía en pie al otro lado. Con los brazos cruzados ante el pecho y los pequeños ojos posados en la chica, aguardaba Matsou Taikan.

Era el maestro que se encargaba de iniciar en el camino de las Artes Marciales a cuantos jóvenes llegaban al *dojo* deseosos de ser adiestrados en alguna de ellas. También se encargaba *Go Dan* Taikan de seleccionar a los que podían convertirse algún día en auténticos budokas, en personas que aprendieran a superarse, a sí mismos. Los que buscaban otra cosa que no fuese seguir el camino del Budo, eran invitados amablemente a dejar para siempre el *dojo*.

Go Dan Taikan tenía el grado de 5.° Dan en Karate, aparte de conocer perfectamente la técnica y aplicación de otras Artes Marciales, como el Judo, el Kendo, el Aikido... A sus cuarenta y nueve años, se conservaba en perfecto estado físico, y por descontado, mental. Era un hombre casi invencible.

El silencio se prolongó entre él y Vivien, hasta que lo rompió la chica diciendo lentamente:

—He tenido el placer de visitar a *Sensei* Hokusai. Te envía un afectuoso saludo.

El japonés asintió despacio.

—Escuchar esas palabras me hace feliz.

—Hablar con Sensei significa conseguir la paz y la armonía del espíritu, Matsou.

—Lo sé, Vivien.

—¿No te interesa conocer los motivos de mi visita a Sensei?

Matsou Taikan no alteró ni un músculo del rostro.

—Me los dirás si deseas hacerlo, Vivien.

La joven inclinó unos segundos la mirada.

—Perdóname, Matsou. Me estoy comportando como mía necia...

—No pidas disculpas, Vivien —la interrumpió el japonés levantando la mano izquierda—. Además... conozco los motivos que te han impulsado a visitarlo.

Vivien Mackenzie arqueó las cejas.

—¿De veras?

—Imaginó que sí. Has visitado a Sensei para pedirle consejos sobre Jim y sus continuos problemas. ¿Me equivoco?

La muchacha negó moviendo la cabeza.

—Te confieso que me tiene muy preocupada, Matsou. Estoy convencida de que a su manera trata de implantar un poco de justicia a su alrededor. Pero los métodos que usa… Cualquier día aparecerá muerto a balazos o cuchilladas.

—Habrá sacrificado su vida por lo que él considera un ideal justo, Vivien. Aunque también lo haga por lograr fama y dinero, eso no resta méritos a su labor. Para ofrecerse de cebo como hace Jim se tiene que tener mucho valor.

—O ser un loco.

Matsou Taikan encogió los hombros.

—Es posible.

—¿Has visto su programa de esta noche, Matsou?

—Siempre lo hago. Debo confesarte que me divierte su forma de hablar, su manera de enfocar los problemas.

Vivien no esperó para inquirir:

—¿Qué opinas del caso que ha iniciado, Matsou?

El japonés tardó unos instantes en responder.

—Correrá muchos peligros, Vivien. En otras ocasiones ha desenmascarado los sucios manejos de un político, o las orgías de determinadas personas de las altas esferas, o un prostíbulo de menores. Pero meterse con una organización que se dedica a la trata de blancas es algo muy diferente. No permitirán que avance en sus investigaciones.

—Eso es lo que temo, Matsou.

—Necesitará mucha ayuda y una buena dosis de suerte para salir con vida de ese asunto, Vivien.

La joven levantó la mirada posándola en su amigo.

—He decidido ayudarlo, Matsou.

—Lo esperaba —respondió en tono grave, *Go Dan* Taikan—. Puedes contar con mi colaboración.

Vivien empezó a mover la cabeza en sentido negativo.

—No, Matsou. Me consta que va contra tus principios…

—¿De qué estás hablando? —la interrumpió el japonés—. Os conozco desde hace años y sois dos queridos amigos. No puedo cruzarme de brazos, en tanto vosotros estáis en peligro de muerte. Luchar contra un desalmado no va contra mis principios, Vivien. Pero existe un grave contratiempo.

—¿Cuál, Matsou?

—¿Cómo podemos ayudar a Jim? Debemos esperar a que lo ataquen o no dejarlo a solas ni un momento. En el primero de los casos, nuestra ayuda puede llegar demasiado tarde. Y en cuanto al segundo… Sabemos lo testarudo que es tu hermano y no consentirá que fiscalicemos sus movimientos. No pararía hasta darnos esquinazo.

Vivien se acarició la barbilla con la diestra.

—Tienes razón, Matsou.

—Deberíamos pensar en la forma de protegerlo sin que él lo advirtiera.

—Creo que es lo más acertado —estuvo de acuerdo la joven—. Al entrar he comprobado que no quedaba ninguna alumna en el *tatami.*

—Es tarde, Vivien —sonrió Matsou—. Todos tenemos necesidad de descansar de vez en cuando.

La chica también le dirigió una sonrisa.

—¿Qué te parece si vamos a mi apartamento y tomamos café, Matsou?

—Mis gustos no han cambiado desde la última vez que nos vimos hace unas horas, Vivien. Sigo prefiriendo el té.

—De acuerdo —volvió a reír abiertamente ella—. Te prepararé una buena taza de té y hablaremos sobre *el* loco de mi hermano.

CAPÍTULO VI

Jimmy Mackenzie retrocedió un paso y extendió las manos mostrando las palmas al hombrón que avanzaba.

—¡Eh...! ¿Quién os dio permiso para entrar sin llamar?

El sujeto le dedicó una extraña mueca que a lo mejor quiso ser sardónica risita.

—Te gustan los chistes baratos, ¿eh, Makenzie?

—No tenéis derecho a penetrar en un sitio privado, ¡caray! ¿Adónde vamos a llegar si nos colamos...?

Los otros tres tipos iniciaron el avance hacia los dos amigos después de que uno de ellos cerrara la puerta del despacho. El que venía inmediatamente después del primero, comentó:

—No me pierdo ni un programa de este fulano, Kurt. Te aseguro que tiene un acusado sentido del humor.

El llamado Kurt dejó de golpearse la palma zurda y de repente disparó el puño derecho estrellándolo en el pómulo de Jimmy. El joven describió una limpia voltereta en el aire y su cuerpo fue a estrellarse contra un mueble librería de la pared del fondo.

Quedó sentado en el suelo a punto de perder el conocimiento.

Zachary Hammond embistió al galope en dirección a la salida, pero otro de los individuos le interceptó el paso. El grandullón chilló de espanto y el sujeto lo silenció metiéndole la zurda en el hígado.

Hammond se dobló más amarillo que un limón.

Gateando para ponerse en pie, le animó Mackenzie:

—¡Acuérdate de que eras un buen boxeador, Zachary!

Hammond dio la impresión de acordarse súbitamente, porque apretando los labios se enderezó como un rayo y ensartó al sujeto que lo había golpeado con un terrorífico gancho bajo el mentón.

El tipo se puso a volar por la estancia.

Riendo jubiloso contempló Zachary Hammond su aparatoso aterrizaje sobre una papelera. Pero el descuido le costó caro ya que otro de los individuos le pegó un mazazo lateral en la oreja derecha y todos los pajaritos de San Francisco se pusieron a trinar con desesperante machaconería en la mente del grandullón.

Entretanto, el hombrón llamado Kurt levantó la pierna zurda y sin pensarlo dos veces la disparó en dirección al costado del caído Jimmy con la malévola idea de hundirle unas cuantas costillas.

Pero a Jimmy no le gustaron sus intenciones y rodó sobre sí

mismo.

Kurt aplicó el patadón al marco de la pesada librería y lanzó un aullido empezando a saltar a la pata coja.

—¡Me cisco en tu padre, Mackenzie!

Jimmy no perdió el tiempo en saltar de pie y antes de que Kurt dejase de bailotear metió la derecha alcanzándolo de lleno en la boca. El hombrón ya no supo si ocuparse del pie o de la dentadura que estaba escupiendo mezclada con abundante sangre.

El joven volvió a golpear aumentando sus preocupaciones.

Pero uno de los amigos de Kurt acudió en su ayuda enarbolando una silla como arma de guerra, Jimmy lo vio venir demasiado tarde para evitar el tremendo silletazo que recibió en el cráneo y que lo arrojó por el suelo.

Zachary Hammond estaba cazando moscas delante de dos matones.

Estos cambiaron una mirada de inteligencia y uno de ellos amagó un izquierdazo al hígado de Hammond. Pero fue el otro quien le pegó un nuevo mazazo lateral.

Sólo que ésta vez lo hizo en la oreja izquierda para nivelar el sistema auditivo del productor.

Al caer de rodillas no tuvo otra alternativa Zachary Hammond que abrazarse a las piernas del que lo había golpeado y completamente *groggy,* aguardó a que el árbitro iniciara la cuenta de protección.

Pero éste le clavó un puño en los riñones en lugar de cumplir el reglamento. Nublada la visión, y sin saber exactamente lo que hacía; masculló rabioso Hammond:

—¡Los árbitros tienen que ser... imparciales, diablos!

Los dos matones no le permitieron ya recuperarse.

Uno de ellos le sujetó los codos tirando hacia atrás y el otro se dedicó a machacarle el estómago sin consideración. Hammond boqueó, llevando aire a sus doloridos pulmones y las piernas se le convirtieron en mantequilla. Pero el tipo que le sostenía no le permitió caer y lo mantuvo erguido frente a su compañero.

El pegador se cansó de clavar los puños en sitio blando y cambió de dirección dedicándose a destrozar el rostro de Hammond con sus demoledores puñetazos. Pronto se abrió una ceja del ex boxeador y una brecha en la mejilla comenzó a sangrar en abundancia. Cuando el individuo que lo sostenía soltó sus codos, Hammond cayó de bruces.

Jimmy Mackenzie también se hallaba en el suelo, a consecuencia del tremendo silletazo y aunque se encontraba bastante recuperado, dudaba en levantarse y reanudar la pelea. Calibraba sus posibilidades frente a los cuatro mulos sanguinarios. Comprendió que eran nulas y decidió seguir fingiendo.

Pero entonces vio por el rabillo del ojo que Kurt seguía empeñado en pegarle la patada en las costillas.

Y eso no estaba dispuesto a consentirlo.

Alargó inesperadamente ambas manos y atenazando el tobillo del hombrón se lo retorció con todas las energías que pudo reunir. Escuchó complacido el alarido que emitía y sin preocuparse de los otros por el momento, tiró Jimmy hacia arriba.

Kurt salió despedido por lo alto de un sillón.

Y Jimmy se incorporó a medias embistiendo con la cabeza por delante en dirección al matón que se hallaba más próximo. También logró sorprenderle y el fulano abrió desmesuradamente la boca al recibir el testarazo en la boca del estómago.

Pero el joven resultó víctima de su propia acción y, al perder el equilibrio el sujeto, tropezó con su cuerpo cayendo por encima de él. Cuando quiso incorporarse sintió que alguien se le subía a la espalda y comenzaba a patalearle los riñones.

Un agudo dolor le nubló la visión.

No pudo darse cuenta que los tipos se ensañaban con él y lo golpeaban en todo el cuerpo, despiadadamente. Se había hundido en un profundo pozo de tinieblas.

Sudando copiosamente dejó de pegar Kurt. Levantó las manos conteniendo a sus compinches y jadeó:

—Ya está bien, chicos. El… jefe lo quiere vivo.

Uno de los otros compuso una mueca de tristeza.

—Es una pena que no podamos terminar la faena, Kurt.

—¿Supones que no tendremos ocasión de hacerlo, Losey? En cuanto nos diga lo que sabe y el lugar donde tiene escondida la pájara, el jefe nos permitirá rematarlo a nuestro gusto.

—Mi gusto sería hundirle el cráneo de una patada, Kurt —aseguró, con los ojos brillantes, el llamado Losey—. Este canalla estuvo a punto de hacerme vomitar la primera papilla.

—Tendrás ocasión de desquitarte, Losey, descuida.

Otro de los matones, inquirió:

—¿Qué hacemos con ellos, Kurt?

—Sacarlos de aquí y llevarlos a donde podamos trabajarlos a modo.

Y él mismo dio ejemplo, inclinándose sobre Mackenzie al que pasó ambas manos bajo los sobacos.

—Ayúdame, Losey —pidió—. Y vosotros encargaros de transportar al grandullón.

Losey se dispuso a obedecer la orden de su compañero, pero en eso se abrió la puerta del despacho y Shirley Dunham quedó enmarcada en el hueco. Sus ojos se abrieron mucho, y, al darse cuenta

de lo que sucedía, quiso retroceder a toda prisa.

Sin embargo, uno de los sujetos reaccionó con rapidez y saltando hacia ella la aferró fuertemente de la muñeca, Shirley intentó debatirse, pero no pudo evitar que el tipo la metiera dentro.

La chica intentó aplicarle un puntapié en la espinilla sin conseguirlo y finalmente jadeó, colérica:

—¿Qué habéis hecho, canallas?

Kurt la miró sonriendo burlón.

—¿A qué hora dejan de trabajar las secretarias en este cochino lugar?

Shirley clavó en él una llameante mirada.

—Pronto vas a dejar de burlarte, canalla. Escuché ruidos y antes de entrar llamé a la policía. Me dijeron que solo tardarían irnos minutos.

Kurt siguió, en tono burlón:

—¿Se te puede creer, guapa? ¿Qué os parece a vosotros, chicos?

—La nena miente, Kurt —comentó Losey—. Se le nota el miedo en los ojos.

—Eso me parece a mí también —asintió Kurt—. De todos modos tenemos que salir ya de aquí.

—¿Y qué hacemos con ella?

—Déjame pensarlo, Losey.

—Podríamos dejarla bien atada y...

Losey no acabó la frase porque en aquel instante se escuchó una sirena de la policía, en el exterior. Y parecía hallarse más cerca de lo que ellos hubieran deseado.

Los cuatro forajidos respingaron, mirándose alarmados.

Kurt fue el primero en reaccionar y ordenó:

—Vamos. Saldremos por la parte trasera.

—¿Dejando aquí a esos fulanos?

—No seas idiota, Losey —gruñó Kurt, encaminándose a la salida —. ¿Cómo íbamos a escapar cargados con esos dos? Ya tendremos otra ocasión de atraparlos.

Los dos matones, que se habían mantenido en silencio, se apresuraron a salir, siguiendo a Kurt. Pero Losey se giró, mirando ceñudo a Shirley y dijo lleno de odio: —No te vas a quedar así de tranquila, guapa. Acto seguido disparó el puño derecho, alcanzando a la chica en el mentón. Shirley salió impulsada con fuerza hacia atrás y terminó cayendo de espaldas. Y lo hizo con tal mala fortuna que su cabeza fue a chocar contra una esquina de la librería. Quedó inmóvil en el suelo.

El miserable se contempló unos segundos el puño y masculló:

—Ya tienes lo que merecías, guapa.

Sin perder más tiempo abandonó el despacho, a la carrera.

CAPÍTULO VII

El teniente Don Latrobe lanzó una ojeada a las tres personas que tenía al otro lado de la mesa y después de unos segundos silenciosos emitió un gruñido, digiriéndose a Jimmy Mackenzie:

—De modo que no queréis presentar denuncia, ¿eh, Jim?

Mackenzie inspiró aire profundamente.

—Hemos pasado dos horas en la enfermería y llevamos casi tres en su oficina, teniente. Ya le he dicho cuatro o cinco veces que no ha ocurrido nada de particular, ¿qué más quiere?

—Conque nada de particular, ¿eh?

—Eso es.

—¿Y por qué el doctor ha tardado vinas dos horas en poneros un poco presentables?

—Ya le expliqué lo ocurrido, teniente —respondió Mackenzie, simulando una gran paciencia—. Zachary y yo tuvimos una discusión tonta y perdimos el control de los nervios. Intercambiamos unos golpes...

—Y Shirley Dunham se metió por medio intentando separaros, ¿no?

—¿Cómo lo adivinó?

Latrobe le pegó un mordisco al aire.

—Eres un cretino asqueroso, Jim —silabeó, despidiendo chispas por los ojos—. ¿Sabes que ha faltado el canto de un papel para que la chica muriese desnucada? El doctor asegura que si llega a recibir el impacto craneal un par de centímetros más al centro, ahora estaría en el depósito. Y vosotros, mamarrachos, estáis encubriendo a esos individuos.

Jimmy arqueó las cejas, fingiendo asombro.

—¿A qué individuos se refiere, teniente?

—¡Cállate, Jim! —rugió Latrobe, con el rostro encendido de ira —. Vas a morderte la lengua o me olvidaré que tengo una placa y acabaré de estropear el asqueroso semblante que te han dejado.

Mackenzie guardó silencio y miró hacia el techo.

El policía desvió la mirada pasándola a Zachary.

—¿Ratificas lo que ha declarado Mackenzie, Hammond? Yo de ti, no me dejaría liar por este embaucador, Os han destrozado a golpes y a los policías nos pagan para protegeros.

Zachary Hammond habló con dificultad a través de los labios

horriblemente inflamados:

—No diga eso que me cabreo, teniente.

Latrobe arrugó el ceño.

—¿Cómo dices?

—Si es cierto que cobran para protegernos, me gustaría saber lo que hacían mientras nos zurraban… —Jim le aplicó un rodillazo disimulando y después de emitir un gritito de dolor, rectificó Hammond—. Bueno… he querido decir que dónde estaban, mientras Jim y yo nos calentábamos mutuamente.

El policía lo fulminó con la mirada. Luego cambió de actitud y chasqueó la lengua diciendo, sardónico:

—Tu cara da verdadera, pena, Hammond. Parece que te pasó una apisonadora por encima de ella. Y sin embargo no lo siento. ¿Sabes por qué? Porque eres un cerdo y sólo tienes lo que mereces. Estoy seguro de que un día encontraré tu cadáver en cualquier sitio.

Zachary tragó saliva.

—Hombre, teniente…

—¡Silencio, cerdo!

Zachary apretó los labios instintivamente y vio las estrellas.

Latrobe había dejado de prestarle atención y estaba mirando a Shirley Dunham.

—Usted no es como estos dos desgraciados, señorita Dunham. Espero que recapacite y confiese, con sinceridad, lo ocurrido. No hay nada que la obligue a guardar silencio.

Shirley Dunham, que sólo mostraba un moretón en la barbilla y un apósito detrás de la oreja, inclinó los ojos.

—Me temo que se equivoca, teniente.

Latrobe frunció el ceño.

—No me diga que les debe algo y por eso tiene que hacerles el juego.

Shirley titubeó unos instantes.

—Verá, teniente. Más bien son ellos los que me deben mil…

Mackenzie tosió ruidosamente, impidiendo que la chica terminara lo que iba a decir. Latrobe le dirigió una furibunda mirada y masculló, lleno de furia:

—¿Quieres guardar silencio, Jim?

—Perdone, teniente. Me atraganté y…

—¡Silencio, Jim!

El joven obedeció dócilmente y el oficial de policía se giró nuevamente a Shirley. —Siga, señorita Dunham.

Pero la muchacha ya había comprendido el error que estuvo a punto de cometer y dijo inocentemente:

—Aprecio a estos chicos, teniente. Es algo que no puedo remediar aunque sé que son dos farsantes. Me deben mil favores y

quiero que, desde este momento, me deban mil y uno. Crea que me gustaría ayudarlo…

Don Latrobe cambió de color apretando los maxilares paseó una iracunda mirada por los tres. Procurando conservar la calma en lo posible extendió el brazo señalando la salida.

—Fuera de mí vista los tres.

Mackenzie carraspeó.

—Oiga, teniente, no deseo que vea nada personal…

—¡He dicho que fuera de mi vista! —chilló el policía, incorporándose a medias tras la mesa—. Si dentro de cinco minutos estáis todavía delante de mí…

Los tres se precipitaron en dirección a la puerta.

Y dos minutos más tarde abandonaban la comisaría, saliendo a la calle. El alba había empezado a poner tonos grises sobre la ciudad y soplaba un vientecillo helado. El coche de Jimmy se hallaba estacionado en la acera contraria y fueron junto a él.

Zachary Hammond emitió un gruñido.

—¿Quién se encarga de conducir? En el estado en que nos hallamos estoy seguro de que nos pegamos la torta.

Mackenzie hizo un ademán a Shirley.

—Será mejor que conduzcas tú, nena. Tanto Zachary como yo estamos hechos puré.

—¿Quién lo trajo al venir, Jim?

—Un agente de Latrobe, según parece.

Shirley accedió a tomar asiento tras el volante y cuando los tres estuvieron instalados en el interior, puso el coche en movimiento. Apenas lo despegó de la acera, preguntó:

—¿Adónde vamos?

Zachary Hammond se dio prisa en adelantarse a Jim y dijo muy convencido:

—Recto al aeropuerto, Shirley. Atraparemos el primer avión que salga para Oriente Medio. Con tal de alejarnos de San Francisco…

Mackenzie torció el gesto.

—En Oriente Medio hay un follón impresionante, Zachary.

—¿Y te parece chico el que tú has formado aquí, sabihondo?

—Vamos a mi casa, Shirley —ordenó Jimmy, desentendiéndose de las protestas del grandullón—. Mi hermana estará intranquila por no haber ido en toda la noche.

La chica sonrió, mordaz.

—No seas modesto, Jim. ¿Cuántas noches duermes en tu cama?

* * *

A pesar de que procuraron no hacer ruidos al entrar en el *living,* no tardó en aparecer ante ellos Vivien Mackenzie. Cubría su cuerpo

con una bata larga, y, durante unos segundos, contempló, entre impresionada y sorprendida, al trío.

Luego suspiró encogiendo los hombros.

—Sabía que un día u otro os pasaría algo parecido. ¿Qué os ha ocurrido esta vez?

Jim trató de forzar una sonrisa.

—Tropezamos con un muro.

—¡Mentira cochina! —Saltó encorajinado, Zachary—. Tu hermanito se ha metido en un nuevo lío, Vivien. Vinieron a vernos cuatro fulanos y la emprendieron a trompazos...

Jimmy lo atajó con un gesto y señalando a Shirley, dijo a su hermana:

—Te presento a Shirley Dunham, Vivien. Una buena chica que nos está ayudando...

Vivien y Shirley cambiaron un breve saludo y acto seguido dijo la primera:

—Parece que ya os ha visto un doctor, ¿no?

—Un matasanos de la policía —cabeceó Zachary—. Asegura que no tenemos nada roto por pura chamba.

—Pero estamos hechos cisco, hermanita —añadió Jimmy—. Nos pasaríamos un mes durmiendo.

—Está bien —afirmó con la cabeza Vivien— vosotros dos podéis ir a tu habitación; Shirley dormirá en mi cama.

—¡Oh...! No hace falta que se moleste por mí, Vivien.

—Necesitas descansar, Shirley —respondió, resuelta, la hermana de Jim—. Y para mí no representa ninguna molestia. Yo saldré dentro de un rato a ver a un amigo. Después iré a trabajar.

Shirley aún intentó oponerse a los planes de Vivien.

—Pero...

—No hay nada más que decir, Shirley —le interrumpió Vivien—. Y puedes dormir tranquila porque la puerta se cierra por dentro. Estos granujas no te van a molestar.

Las mejillas de Shirley se encendieron.

Pero Zachary y Jimmy ni siquiera habían escuchado las intencionadas palabras de Vivien. Tenían bastante trabajo en llegar a la habitación del segundo, apoyándose el uno en el otro.

Al quedar las dos mujeres, preguntó la hermana de Jim:

—¿Dónde habéis encontrado a esos matones, Shirley?

—Ocurrió en el despacho de Zachary. Yo llegué cuando intentaban llevársela. Afortunadamente me tomaron por una secretaria y uno de ellos me golpeó por frustrar sus planes.

Vivien la miró al fondo de los ojos.

—Tú eres la chica de la cabeza cubierta. ¿Me equivoco, Shirley?

La morenita inclinó la mirada.

—No.

—Has debido sufrir mucho...

—¡Oh, no...! —se apresuró a explicar Shirley—. Es algo muy... complicado, que sólo Jim puede aclararle, Vivien. Sin embargo...

—¿Qué, Shirley?

—Yo conozco a dos de los hombres que nos golpearon. Todavía no se lo he dicho a Jim y sinceramente... dudo de hacerlo. Debí decírselo al teniente Latrobe.

Vivien seguía escrutándole el rostro.

—Nada de lo que dijiste por televisión es cierto, ¿verdad, Shirley?

—Recibí instrucciones de Jim. Me explicó todo cuanto debía decir y estuvimos dos días ensayando hasta que él consideró que lo hacía bien.

—Y lo hiciste muy convincentemente, Shirley. ¿Te dijo Jim en algún instante lo que pretendía con la farsa?

—Divagó cuando se lo pregunté.

Vivien Mackenzie permaneció algunos instantes pensativa, y, finalmente, dijo, hablando despacio:

—Creo adivinar lo que trata de hacer mi hermano y no me gusta en absoluto. Es demasiado peligroso. ¿Dices que puedes identificar a dos de esos canallas que os golpearon, Shirley?

La morenita asintió moviendo la cabeza.

—Trabajaban para un importante hombre de negocios llamado John Quincy Worth. En cierta ocasión asistí a una fiesta que se celebró en el yate del señor Worth y esos dos miserables estaban allí.

Vivien seguía en actitud pensativa. En un momento dado miró fijamente a Shirley y preguntó;

—¿Te encuentras muy agotada, Shirley?

La otra chica vaciló.

—Bueno...

—¿Crees que estarás bien si duermes tres o cuatro horas?

—Tendré ojeras, pero podré andar si es a lo que se refiere —sonrió Shirley—. ¿Está pensando en hacer algo?

Vivien movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Por el estado en que se encuentra, Zachary y mi hermano estarán en la cama hasta el mediodía por lo menos. Me gustaría visitar a John Quincy Worth en compañía de un buen amigo. ¿Te atreves a venir con nosotros?

Shirley tardó unos segundos en responder. Luego acabó asintiendo lentamente. —Sí, Vivien.

CAPÍTULO VIII

La villa propiedad de John Quincy Worth, ubicada en una zona residencial de la parte alta de la ciudad, no se diferenciaba demasiado de cuantas se levantaban por los alrededores. Si acaso, aquellas lujosas mansiones cambiaban más o menos de estructura. Pero en lo básico eran todas aproximadamente iguales.

Grandes jardines cubiertos de verde césped rodeando el edificio, para protegerlo del ruido exterior

El descapotable conducido por Vivien Mackenzie se detuvo frente a la verja de entrada a la villa del señor Worth. Matsou Taikan fue el primero en descender del pequeño coche verde. En el diminuto asiento trasero se hallaba encajonada Shirley Dunham y la hermana de Jimmy giró la cabeza hacia ella antes de bajar.

—Puedes esperar aquí si lo prefieres, Shirley.

—Voy con vosotros, Vivien.

—De acuerdo.

Las dos muchachas bajaron del descapotable y fueron junto al japonés que ya se encontraba delante de la verja. Alargaba la mano hacia el timbra de llamada, cuando Vivien se percató de que la hoja de hierro forjado sólo se hallaba encajada.

—La puerta está abierta, Matsou.

—¿Y no sería preferible llamar, Vivien?

—No hemos venido a robar.

—Tienes razón.

Go *Dan* Taikan abrió la cancela y dejó que las dos muchachas entraran en primer lugar. Luego cerró a su espalda y se adelantó a ellas por la corta carretera asfaltada que llevaba hasta la puerta principal.

En la explanada delantera de la casa, también asfaltada, vieron estacionado un lujoso «Cadillac» de color oscuro. Ya llegaban junto a él dispuestos a seguir en dirección a la puerta, cuando apareció un sujeto por la parte derecha del edificio.

Sostenía en las manos una escopeta de doble cañón y los increpó de mala manera:

—¿Qué andan buscando?

Los tres se giraron hacia él y fue Vivien la encargada de responder.

—Deseamos hablar con el señor Worth —dijo, en tono amable.

—¿Y nadie les enseñó a llamar?

—La puerta estaba abierta.

—Eso no significa nada —mascullo bruscamente el individuo—. Esto es una propiedad privada.

Vivien dio una lenta cabezada afirmativa.

—Lo imaginamos, señor. Pero sólo deseamos ser recibidos por el propietario. Nada más.

El tipo pareció pensarlo unos instantes, pero en seguida levantó un poco el cañón de la escopeta y dijo, áspero:

—El señor Worth no recibe a nadie en estos momentos. Conque ya pueden irse por donde han venido.

Ninguno de los tres se movió del sitio. Vivien cambió una breve mirada con Matsou Taikan y preguntó suavemente éste:

—¿Por qué no le dice al señor Worth que deseamos hablar con él, amigo? Si a pesar de eso...

—Yo no soy amigo de un puerco oriental —lo atajó el fulano, apretando la diestra contra la culata de la escopeta—, ¡Fuera de aquí antes de que me saquen de mis casillas!

Go Dan Taikan encajó el insulto sin pestañear. Se limitó a mirarlo inexpresivamente y calcular que entre el hombre de la escopeta y él había unos cinco metros de distancia.

Pero Vivien insistió una vez más:

—Lo siento, pero no podemos irnos —dijo, serena—. No podemos hacerlo sin antes ver al señor Worth.

—¿No, eh?

En aquel instante se abrió la puerta principal de la vivienda y por el hueco asomaron cuatro fornidos individuos. Les mismos que habían asaltado el despacho de Zachary Hammond, propinando una soberana paliza a éste y a Jimmy.

Kurt Manning venía al frente de ellos y contempló displicentemente a las tres personas que tenía delante. Sin mirar al fulano de la escopeta, indagó:

—¿Qué ocurre, Robbins?

—Las dos chicas y ese macaco oriental desean ver al señor Worth. Y se niegan a salir de aquí sin hablar con él.

Kurt posó los ojos en Vivien.

—¿Es cierto eso?

—Perdone nuestra insistencia —se disculpó Vivien—. Pero necesitamos hablar con el señor Worth.

En aquel momento se adelantó el cruel Losey y murmuró junto a Kurt:

—La otra pájara es la secretaria entrometida de uno de aquellos fulanos, Kurt.

—¿Crees que no me he dado cuenta, hombre? —Después de

responder a Losey compuso una mueca el hombrón y movió la cabeza en sentido negativo con las pupilas puestas en Vivien—. Lo siento, guapa, vais a tener que venir en otro momento. El señor Worth no se encuentra aquí, ahora. No obstante quiero que me digáis a mí el motivo de vuestra visita

—No podemos —replicó, serena, Vivien, que por las palabras de Losey y por la palidez del semblante de Shirley, había comprendido ya que se encontraba frente a los sujetos que propinaran la salvaje paliza a Zachary y a su hermano—. Ustedes son simples perros con una correa atada al cuello. Y, al parecer, es el señor Worth el único que puede retenerles tirando de la correa.

Kurt respingó por las inesperadas palabras de Vivien y ladeó la cabeza, mirándola detenidamente.

—Te estás jugando el físico, nena —advirtió en tono burlón—. Puede ocurrirte lo que tu amiga o a sus jefes

—Ese es precisamente el motivo que nos ha traído. Lástima que no podamos ver al señor Worth —replicó Vivien.

—¿Y qué pensabais decirle?

—Que contenga a sus perros y todo marchará bien. Losey se adelantó mascullando, colérico:

—¡Es la segunda vez que nos insulta esa pájara Kurt!

El hombrón lo contuvo haciendo un enérgico ademán y sonriendo, dijo:

—Segundo y último aviso, guapa. Otro insulto, y te morderán los perros donde menos lo esperes.

La muchacha no se amilanó.

—Mi nombre es Vivien y soy hermana de Jimmy Mackenzie. No deseamos hacer daño a inocentes, pero tampoco estamos dispuestos a consentir el avasallamiento. Hemos venido con el único propósito de avisarles respecto a mi hermano y a Zachary Hammond. No vuelvan a pelear con ellos o deberán atenerse a las consecuencias.

Kurt no perdió la irónica risita de sus labios.

—¿Y tu hermano no tiene agallas .para venir personalmente a decirlo? Ya entiendo lo que pasa: no es lo mismo hacer el gallito ante una pantalla de televisión, que hablar frente a frente con un hombre de pelo en pecho. Pero eso de enviar a mujeres y criados chinos...

Go Dan lo interrumpió, diciendo impasible:

—Comete un tremendo error, señor.

Kurt apretó súbitamente las mandíbulas y sus ojos fulguraron.

—Oye... lo último que consiento en la vida es que un asqueroso chino me llame la atención.

—Soy japonés, señor.

—¿Y en qué se diferencia un asqueroso chino de un asqueroso japonés?

Matsou Taikan no alteró ni un músculo del rostro. Por el contrario, daba la sensación de que todo aquello no iba con él. El relajamiento de su cuerpo era total.

Fue Vivien la que aclaró:

—Mi amigo Matsou ha querido decir que ni mi hermano sabe que hemos venido, ni él es un criado. Aunque no se sentiría humillado de serlo, puede acabar con todos ustedes sin demasiado esfuerzo.

Kurt rió, irónico.

—Será con una metralleta, ¿no?

—Con las manos limpias.

—Vamos, nena. Ya está bien de choteo, ¿eh? Ahora voy a decirte lo que haremos con vosotros. Dos vais a quedar de rehenes hasta que Jimmy Mackenzie se entregue como un corderito. ¿Qué te parece la idea, Losey?

Al cruel forajido le brillaron los ojos.

—Fenomenal, Kurt. ¿Dejarás que me ocupe de la secretaria?

Los otros tipos rieron soezmente.

El grandullón Kurt Manning hizo una señal a Robbins.

—Al menor síntoma de agresividad descarga la escopeta en ellos, Robbins. Así se portarán como buenos chicos.

El tipo de la escopeta comenzó a levantar el canon, enfocándolo hacia el trío de visitantes.

Y entonces se desencadenó la tormenta.

CAPÍTULO IX

—¡Yaaaaa...!

El poderoso *kiai* surgido de lo más profundo del vientre de *Go Dan* Taikan paralizó momentáneamente a los forajidos. Fue un potente sonido inarticulado que, durante unos instantes, perturbó el sistema auditivo de sus enemigos y estuvo a punto de arrojarlos al suelo.

Matsou Taikan salvó limpiamente la distancia que lo separaba del hombre que empuñaba la escopeta. En un perfecto dominio del *Tae Kwon Do,* voló literalmente por el aire con la pierna derecha adelantada, Robbins recibió la terrible patada frontal, es decir, el *ap cha ki,* antes del menor intento de utilizar la escopeta.

Con el cráneo hundido en su parte frontal salió despedido hacía atrás y fue a desplomarse a varios metros de distancia. Era ya un cadáver, antes de que su cuerpo tocara el suelo. Tenía la cabeza destrozada, hundida... machacada terriblemente.

Al ver lo ocurrido a Robbins, reaccionó Kurt con mayor celeridad de la esperada y llevó la diestra a la axila con intención de extraer la pistola de su funda.

Pero Vivien Mackenzie se puso en movimiento.

Adelantó la pierna derecha en posición *ko-kutsu,* semiflexionada. Con la pierna izquierda flexionada y la rodilla en perpendicular con los dedos del pie, esta última extremidad soportaba mi setenta por ciento del peso de su cuerpo.

Partiendo como un rayo de dicha posición, su mano derecha, abierta y bien extendida, golpeó secamente la base del cuello de Kurt, que súbitamente, sintió que se le nublaba la vista. Vivien acababa de aplicarle el terrible *shuto-uke.*

El forajido se tambaleó y siguiendo su propio impulso, disparó Vivien el puño cerrado desde el flanco, estrellándolo en la articulación maxilar de su enemigo. El *jun-tski* acabó con toda posible resistencia de Kurt y se desplomó convertido en un fardo.

A pesar de que todo se estaba desarrollando a vertiginosa velocidad, Losey saltó sobre la espalda de Vivien con intención de clavarle la rodilla en los riñones.

Pero la muchacha llevó el brazo derecho rápidamente hacia atrás y con un movimiento rotatorio sobre sí misma golpeó al miserable matón con la parte más puntiaguda del codo. Mantuvo los hombros bajos y el codo bien pegado a la cadera.

Losey recibió el *empi-uchi* de lleno, en el mentón. Se escuchó un escalofriante crujido de huesos fracturados y el forajido rodó por el suelo convertido en un guiñapo que aullaba a causa del intenso dolor.

Los otros dos matones se disponían a embestir contra Vivien.

Pero Go *Dan* Taikan lanzó de nuevo su extraordinario *kiai.*

—¡Yaaaaa…!

Saltando increíblemente fue a caer entre los dos individuos. Acto seguido se puso en posición *zen-kutsu,* ideal para aplicar la técnica de piernas. En una fracción de segundo levantó la pierna derecha doblando el muslo y la rodilla. Después disparó el pie con rapidez inaudita y el talón golpeó la nariz de uno de ellos.

Echando dos chorros de sangre por las fosas nasales a consecuencias del *mawasi-geri,* el sujeto se tambaleó acabando por caer de rodillas y, desde allí, rodar de costado.

Sólo quedaba un enemigo en pie y se encargó de él Matsou Taikan.

Aprovechando la fuerza de su cuerpo en continuo movimiento, imprescindible para la perfecta aplicación de los golpes, Matsou asestó una tremenda patada hacia atrás, como la coz de un mulo. Sólo que para el fulano resultó de peores consecuencias ya que varias costillas se le quebraron, astillándose incrustadas en el tórax. La lucha había concluido.

Desde que *Go Dan.* Taikan lanzó contra sus enemigos toda la energía vital de su cuerpo por medio del primer *kiai,* apenas si habían transcurrido tres minutos. Y sin embargo, en aquel corto espacio de tiempo, dos hombres yacían muertos, uno gravemente herido y otros dos con alguna parte del cuerpo destrozada.

Shirley Dunham estaba convertida en estatua.

Vivien se aproximó lentamente a ella y, después de mirarla unos instantes, le pasó el brazo por los hombros con extraño cariño, con suavidad inusitada.

—Siento que lo hayas tenido que presenciar, Shirley.

La amiga de Jimmy no contestó. Por la sencilla razón de que le faltaban fuerzas para articular palabra alguna. Giró la cabeza como una autómata y posó en el rostro de Vivien unos ojos muy abiertos.

La hermana de Jimmy le palmeó el brazo.

—Son unos canallas sin escrúpulos, Shirley. Después de cuanto ha sucedido, ya no cabe duda de que estos hombres forman parte de la banda criminal que tranca con mujeres. Resulta desagradable para un budoka actuar así, pero… somos enemigos implacables de las injusticias.

Shirley asintió, estremeciéndose.

Matsou Taikan hizo un gesto a Vivien que ésta interpretó sin necesidad de que mediaran palabras entre ellos. Sujetó por los hombros a Shirley y se la llevó de la villa.

Go *Dan* Taikan levantó la mirada observando atentamente la fachada del edificio. No descubrió nada anormal en las ventanas y tuvo el convencimiento de que aquellos cinco hombres que los habían atacado eran los únicos ocupantes de la villa, cuando ellos llegaron.

Con la mandíbula rota, empezó a quejarse Kürt Manning.

Matsou se le aproximó e inclinándose sobre él le habló suavemente:

—El que intenta enderezar un árbol que crece torcido, está perdiendo el tiempo. Cuando un hombre está completamente formado y tiene sus instintos y sus pasiones, se pierde el tiempo intentando cambiarlo. No espero que mis palabras sirvan para llevar luz a vuestra mente, pero deseo que transmitas un mensaje a tu jefe. Hizo una corta pausa el japonés y luego agregó: —Jimmy Mackenzie es sagrado para vosotros. En caso contrario… os barrerá el huracán.

* * *

Jimmy Mackenzie daba la impresión de encontrarse en perfecto estado. Como única huella de la paliza recibida a manos de Kurt Manning y sus muchachos, sólo presentaba un leve hinchazón en el pómulo. Lo malo era que le dolían todos los huesos del cuerpo a consecuencia de las patadas recibidas mientras estuvo en el suelo.

Se hallaba sentado en un sillón del *living* y después de escuchar las explicaciones de su hermana dejó escapar una risita sardónica. Con marcado acento irónico, dijo:

—Matsou y tú estáis convencidos de haberme hecho un favor, ¿no?

Vivien arqueó las cejas, sorprendida. —No te comprendo.

—Pues está claro, hermanita —replicó, áspero, Jimmy—. Habéis metido las narices en un asunto que no os concierne.

—¿Ahora sales con ésas? —exclamó, furiosa, Vivien—. Muchas veces vienes arrastrándote al *dojo* para que te echemos una mano. Nos han tomado por tus guardaespaldas…

Jimmy levantó la diestra, atajándola,

—Un momento, Vivien —pidió, suavizando el tono de voz—, una cosa es que vaya a pediros ayuda cuando me encuentro en un verdadero apuro y otra muy distinta es que me echéis a perder un plan minuciosamente pensado.

Vivien sacudió la cabeza. —Sigo sin entenderte, Jim.

Shirley, Hammond y Taikan, estaban presentes observando a ambos hermanos. Pero ninguno de ellos quiso intervenir en la discusión.

Como el maestro que recita la lección a un alumno atrasado, fue diciendo pausadamente Jimmy:

—Puedo ser un suicida según vuestra opinión, pero no soy un imbécil. Cuando Kurt Manning y los otros se presentaron en el despacho de Zachary ya esperaba yo la visita de esa gentuza. Sabía con antelación que nos darían una paliza.

Zachary Hammond, que sí presentaba innumerables secuelas de

los golpes recibidos, le dirigió una ceñuda mirada y masculló:

—Eres un cerdo asqueroso, Jim. Lo menos que debías haber hecho era avisarme. Hubiese salido pitando...

—Tranquilo, Zachary —le dijo, calmoso, Jimmy—. Sabía que en cualquier momento vendrían a buscarme. Lo que no podía saber de ninguna manera es que se presentaran mientras estaba contigo.

—Conque no, ¿eh?

Jimmy dio un manotazo al aire componiendo un gesto de hastío.

—No me fastidies, Zachary.

Vivien intervino, poniendo paz entre ellos.

—Déjalo ¡seguir, Zachary —pidió al grandullón—. Tengo verdadera curiosidad por escuchar lo que va a decirnos.

Jimmy hizo una pausa. Luego paseó la mirada por los presentes y comenzó a decir:

—Para mantener la atención del público y haber convertido mi programa en uno de los más populares de California, tengo que tener mis contactos entre la gente de mala vida. Hay veces en las que sacar información me cuesta un ojo de la cara.

Pensando en su ojo derecho amoratado, intervino de nuevo Hammond:

—A mí me cuesta el ojo y los cuartos, sabihondo.

Vivien miró recriminativa al grandullón y Zachary Hammond volvió a quedar en silencio. Como si se hubiera producido la interrupción, siguió Jimmy:

—Mantenerme en contacto con varias personas que saben todo cuanto hay que saber de malo en California, es la clave para el éxito de mi programa. Desde que inicié el caso del tráfico de mujeres a Oriente, conozco a las personas complicadas en el asunto. Por eso os he dicho que esperaba la visita de esos granujas.

Vivien inquirió, despacio:

—¿Insinúas que el acomodado John Quincy Worth es el jefe de toda esa gentuza, Jim? Su hermano sonrió enigmático. —Por lo menos es la cabeza visible. —Quieres decir...

—Que para mí es un hombre de paja a pesar de su prestigio en el mundo de los negocios. Ese es el motivo por el que tengo que moverme con cautela, en adelante.

Matsou Taikan intervino por primera vez:

—¿Tienes pruebas de lo que estás diciendo, Jim?

—Si tuviese pruebas, estaba solucionado el caso, Matsou.

—Me refiero a que si la información que recibiste en relación al tráfico de muchachas puede ser cierta. En ocasiones esos confidentes engañan a los clientes con tal de obtener lo que necesitan para cubrir los gastos de sus vicios.

—Mis contactos nunca han fallado, Matsou —aseguró Jimmy—.

Y el hecho de que los matones apareciesen inmediatamente después de emitir mi primer programa, demuestra sin lugar a dudas su veracidad.

—Eso es cierto.

Vivien terció en la conversación, preguntando:

—¿Qué piensas hacer ahora, Jim?

—Trataré de descubrir la posible existencia de un pez gordo que se oculte detrás del poderoso John Quincy Worth—. Hizo un breve inciso el joven, añadiendo a continuación—: Pero quiero hacerlo solo; a mi manera, Matsou y tú habéis fracasado cada vez que quisisteis convertirme en un budoka. Sin embargo, eso no significa que mi mente esté rellena de serrín.

Vivien y Matsou cambiaron una fugaz mirada de Inteligencia. Después de una corta pausa, dijo el japonés:

—Tu hermana y yo sostuvimos anoche una larga conversación respecto a tu persona, Jim.

El joven arqueó las cejas.

—¿Sí?

—Hemos decidido ayudarte siempre que nos necesites. Y no solamente en este caso, sino, también, en el futuro. Hemos comprendido que, a tu manera, utilizando trucos algunas veces y atacando de frente en otras, tu objetivo es la lucha contra el mal. Y luchar contra las injusticias del mundo incumbe, también, a los budokas.

Jimmy Mackenzie sonrió al japonés y a su hermana. Luego masculló, simulando una brusquedad que en realidad no sentía:

—No sigas hablando que me voy a emocionar, Matsou.

El japonés preguntó manteniendo el rostro impasible:

—¿Cuál será tu siguiente paso, Jim?

Mackenzie se puso en pie y consultó el reloj.

—Puedes saberlo dentro de hora y media con sólo conectar el receptor, amigo. Espero que sea el principio del fin. ¿Vienes conmigo, Shirley?

CAPÍTULO X

La mujer de la cabeza cubierta no apareció aquella noche ante las cámaras y Jimmy Mackenzie explicó así su ausencia:

—Por ahora no hay necesidad de que la muchacha continúe exponiendo su vida, amigos. Y digo que expone su vida estando a mi lado, porque es cierto. Anoche, después de emitirse el programa, recibí la visita de unos... ¿cómo los llamaría yo? —Hizo un pequeño intervalo, pero enseguida agregó—: Creo que el calificativo de clásicos gorilas se les queda corto. Yo más bien diría que eran asesinos a sueldo, con la misión de raptarme para que les dijera el lugar donde tengo oculta a la muchacha de la cabeza cubierta: a Rhonda. Pero, afortunadamente para mí, la policía intervino con increíble oportunidad y eso me salvó. De cuanto estoy diciendo puede dar fe el teniente Don Latrobe. Si alguno de ustedes duda de mi palabra puede ir a preguntarle. El teniente Latrobe de nuestra policía es un hombre muy amable y los atenderá con toda corrección.

Finalmente, anunció el joven:

—Y ahora voy a lanzar un reto desde este programa. Conozco perfectamente la identidad del jefe de esa banda que se lleva a nuestras chicas con destino a los burdeles de las grandes ciudades orientales. O por lo menos, creo conocer su nombre. Y quiero recalcar la palabra: creo, por si algún policía quisquilloso me está escuchando y pretende acusarme de encubridor. Como no deseo ser detenido les ruego tomen nota de mi rectificación.

Jimmy hizo una corta pausa y siguió diciendo:

—Tengo fundadas sospechas para creer que la persona a la que considero jefe de la banda en cuestión, me está escuchando en estos momentos. Y por eso voy a lanzarle el reto que antes les hablé. Para que no tenga dudas respecto a que creo conocer su identidad, le facilitaré unos datos que él y yo conocemos muy bien. En primer lugar diré que tiene un yate cuya primera letra del nombre es una ene. Es un importante hombre de negocios dedicado, principalmente, a la importación y exportación. Y, sobre todo, el dato más significativo, es que dos de sus asesinos a sueldo han muerto hoy mismo. Con eso es suficiente para que ese hombre sepa que me estoy refiriendo a él. ¿Se da por aludido con los datos que acabo de proporcionarle, señor... X?

Jimmy volvió a hacer un inciso y acto seguido agregó:

—Ahora escuche con atención en qué consiste mi reto, señor X.

Deseo visitarlo esta misma noche y sostener una larga conversación con usted. Será dentro de unas dos horas aproximadamente y debo advertirle que no iré con la violencia por delante. Se trata únicamente *de* que usted me demuestre su inocencia en el tráfico de muchachas con destino a los burdeles orientales. Si lo consigue, no tendría inconveniente en rectificar mi opinión respecto a usted, frente a estas mismas cámaras. No puedo decirle el sitio donde iré a buscarlo, porque no deseo que la policía intervenga. Pero usted ya sabe el lugar donde tiene que esperarme, ¿verdad? No es donde sus hombres murieron. ¿Me estará aguardando dentro de dos horas, señor X? Nada más por hoy, amigos. Espero que mañana vuelvan a verme en sus pantallas. Juro que seré el primero en celebrarlo.

* * *

—Estás chiflado, Jimmy. —Es posible, Shirley.

—¿De veras piensas acudir a esa descabellada cita?

—Lo he prometido delante de las cámaras, ¿no?

—¿Y eso qué tiene que ver? Nadie merece que uno se juegue la vida por ayudarlo, Jimmy.

El auto en el que viajaban ambos jóvenes rodaba sin prisas por las calles de San Francisco. Jimmy manejaba el volante y lo conducía en dirección al apartamento de la chica. Al escuchar las últimas palabras de ésta le dirigió una fugaz ojeada y chasqueó la lengua.

—Tienes una pobre opinión de tus semejantes, nena.

—Estoy muy escarmentada

—Si todo el mundo pensara como tú no existirían bomberos, policías, taxistas, pilotos... De una forma u otra, todos se encuentran en peligro durante el tiempo que prestan un valioso servicio al prójimo.

—Sin embargo...

Mackenzie la atajó haciendo un ademán.. —Por favor, Shirley...

La morenita crispó los labios, enfurruñada, y se mantuvo silenciosa el resto del trayecto. Llegaron al apartamento sin haber cambiado entre los dos ni una palabra más. Jimmy cerró la puerta, y, al girarse, escuchó que ella preguntaba con agresiva entonación:

—¿Para qué me has traído aquí?

—Falta más de una hora para mi entrevista con ese tipo.

—¿Y qué...?

El joven se pasó la mano por la nuca.

—Bueno... —titubeó, mirándola picarescamente—. He pensado que nos vendría bien pasar un rato juntos.

—¿Cómo una especie de despedida?

—Si quieres considerarlo así... En realidad nunca se sabe lo que puede ocurrir en la hora siguiente a la que vivimos. Por naturaleza no

soy pesimista.

Los ojos de Shirley fulguraron.

—Por naturaleza eres un caradura, Jim

Mackenzie le apuntó con el índice, riendo abiertamente.

—Eso es verdad. Pero te aseguro que, en el fondo, soy un inocentón como una loma. —¿Y qué más, amor mío?

—Bueno —suspiró él— No es éste el momento adecuado para andar discutiendo, Shirley. ¿Puedo utilizar tu teléfono?

La muchacha se lo indicó con un mudo ademán.

Jimmy se llegó junto al aparato y, tras descolgar el auricular, disco el número. Tuvo que esperar unos segundos hasta que una voz conocida se escuchó al otro lado del hilo.

—Soy Jim —dijo—. ¿Está todo preparado?

—Me basta con eso. Estaré en el lugar convenido dentro de... una hora y diez minutos. ¿De acuerdo?

—Descuida.

Jimmy colgó el auricular y giróse hacia la muchacha. Se percató de que lo estaba mirando un tanto intrigada.

—¿Con quién has hablado, Jim?

—Es mejor que lo ignores, por si las cosas salen mal, Shirley,

—Escucha...

Pero Mackenzie se le había aproximado y pasándole el brazo por la cintura la atrajo, tirando despacio de ella. Se inclinó, besando suavemente los labios femeninos.

—La curiosidad es mala consejera y a veces perjudica, nena. ¿Por qué no te pones cómoda?

Shirley guardó silencio unos instantes y luego lo miró irónica.

—¿Quieres que me siente en un sillón?

—Vamos, nena. Lo que quiero es que te quites esta ropa y te pongas algo más cómodo. Un pijamita «Tentación», por ejemplo. ¿Acaso no ves esas películas en las que el chico le pide a la chica,..?

—El chico es siempre un sinvergüenza, Jim.

—Puede ser, pero ella obedece todo cuanto él le ordena.

Mackenzie volvió a besarla.

Sólo que esta vez lo hizo de forma apasionada, voraz. Y Shirley obedeció dócilmente todo cuanto él le ordenó.

CAPÍTULO XI

Jimmy Mackenzie se internó por el muelle deportivo caminando indolentemente. Paseó, sin apresurarse, por entre las múltiples embarcaciones de los más diversos tamaños que se encontraban fondeados. Había yates pequeños, suntuosos, menos aparatosos... Algunos sólo servían para celebrar descomunales orgías en las que los hombres y mujeres daban rienda suelta a sus bajos instintos.

Pensó que quizá en el próximo programa...

Finalmente se detuvo frente a una de las embarcaciones y calculó que mediría unos veinte metros de eslora. En la popa podía leerse un nombre escrito con llamativas letras rojas: *Nueva Guinea.* Observó que la sala de recreo, cuya puerta de acceso daba a la cubierta inferior, estaba profusamente iluminada.

Se dirigió a la pasarela que permitía la subida a bordo y resueltamente comenzó a subir por ella. Se hallaba a mitad de camino cuando apareció un tipo gigantesco y preguntó, hosco:

—¿Adonde supone que va?

Mackenzie forzó una risita.

—Mi nombre es Jimmy Mackenzie, y si no me equivoco, tu jefe me está esperando, gorila.

El individuo agachó la cabeza ceñudo. Pero antes de que pudiera objetar algo contra el joven, se escuchó una voz autoritaria detrás de él:

—El señor Mackenzie es mi invitado, Theo. Déjalo pasar.

El gigante se hizo a un lado en silencio.

Jimmy vio a John Quincy Worth en la puerta de entrada a las dependencias privadas del yate. Era un hombre de unos cincuenta años, cabellos completamente blancos, fuerte complexión y duros rasgos faciales. El joven lo había visto otras veces.

Sonrió lobunamente, mientras preguntaba:

—¿Prefiere que charlemos en cubierta o no tiene inconveniente en entrar y tomar un whisky, Mackenzie?

Jim compuso una mueca indiferente.

—No tengo inconveniente de ir con usted, Worth. Sin embargo permaneceré en el dique seco, por ahora.

—Una medida muy juiciosa. Adelante, Mackenzie.

Worth precedió al joven penetrando en las dependencias privadas. Jimmy entró sin recelo aparente y una vez en el interior observó que se hallaban en una confortable cámara de regulares

proporciones.

El hombre de negocios le indicó un sillón y se dirigió a un mueble-bar situado en una de las esquinas, preparándose una bebida. Jimmy ignoró la muda invitación y permaneció en pie.

John Quincy Worth se giró pausadamente y, después de beber un trago del largo vaso que sostenía en la diestra, comentó:

—Pensé que se trataba de una baladronada, Mackenzie.

El joven lo miró fijamente a los ojos. —Pues está comprobando que se equivocó. —Dígame una cosa, Mackenzie. —Si puedo...

—¿Es usted un estúpido, o un suicida cansado de vivir?

Jimmy emitió una risita.

—No es la primera vez que me han preguntado eso mismo. Después de pensarlo detenidamente he llegado a la conclusión de que no soy ninguna de las dos cosas.

—Entonces es usted un ingenuo —aseguró Worth, después de beber un nuevo trago—. ¿De verdad supone que voy a demostrarle algo en esta entrevista?

Mackenzie encogió los hombros.

—Eso depende de usted, Worth. Mañana pienso hablar en mi programa. Si prefiere no molestarse en aclarar mis posibles dudas, eso es problema suyo.

En los ojos de John Quincy Worth hubo un fugaz destello. Pero conservó la sangre fría y levantando la mano zurda se pasó el dedo índice por el mentón, en gesto maquinal. Fingiendo una honda preocupación, dijo:

—El caso es que no puedo demostrar mi inocencia, Mackenzie.

—Es una pena, ¿no?

—Relativamente —sonrió burlón, Worth—. Comprenderá que si no puedo demostrar mi inocencia es por el simple hecho de que, en realidad, soy culpable de lo que usted ha denunciado públicamente. Mi principal negocio-consiste en suministrar muchachas a sitios donde son muy bien pagadas.

Jimmy endureció los músculos del rostro.

—Es usted un cínico, Worth.

—Puede ser —reconoció, sin perder la sonrisa, el importante hombre de negocios—. Pero en todo caso soy un cínico con el poder suficiente para hundirle a usted.

Jimmy le soportó la mirada sin pestañear.

—Eso está por ver, Worth.

—No me he referido a hundirlo profesionalmente, Mackenzie. No moveré ni un solo dedo para quitarle esos treinta minutos de televisión. Sólo que si quiere seguir haciendo su programa tendrá que hacerlo desde el fondo del océano.

—¿Tomo eso como una amenaza, Worth?

—Es mejor que se lo tome como una realidad, Mackenzie. Antes de quince minutos estaremos navegando por alta mar. Lo arrojaremos por la borda con un hierro atado a los pies. Creo que no llegará a tiempo de presentar su programa mañana.

Ahora fue Jimmy el que rió irónico.

—¿Me cree tan estúpido como para venir solo a verlo?

—Conocemos sus métodos, Mackenzie —aseguró Worth sin alterarse—. Prefiere el trabajo en solitario y jamás acude a la policía antes de solucionar un caso. De todas formas nos hemos cerciorado de que ningún policía ha venido siguiendo su pista. Y por otro lado...

—¿Qué?

—Mi yate en estos momentos es un verdadero acorazado. Tengo a mis muchachos distribuidos por todas partes. Son ocho y están armados con modernos fusiles provistos de silenciador. Ni la flota de los Estados Unidos impediría nuestra salida del puerto.

Jimmy estuvo unos instantes silencioso y luego terminó encogiendo los hombros.

—Alguna vez tenía que tocar perder.

Worth le escrutó el semblante con curiosidad.

—No lo veo muy convencido de su suerte, Mackenzie.

—En cambio usted da la impresión de todo lo contrario. Le consta que moriré dentro de quince minutos.

—De eso puede estar seguro. En está ocasión ha ido demasiado lejos y tendrá el final que era de esperar.

—Veo que ni siquiera la preocupa lo que pueda decir la mujer del rostro cubierto.

John Quincy Worth volvió a reír bajito.

—¿Se refiere a esa chica llamada Shirley Dunham? Está localizada y dos de mis hombres se están ocupando de ella.

—En eso se equivoca, Worth.

—No me diga.

—Antes de venir a verle, dejé a Shirley bajo la protección del teniente Don Latrobe. Sus asesinos no tendrán ocasión de aproximarse a la chica.

El semblante de Worth se puso súbitamente pálido.

Jimmy inquirió sardónico:

—¿Ha perdido la seguridad en sí mismo, Worth?

Transcurrieron unos instantes de tensión y finalmente volvió a sonreír sardónico Worth.

—Somos más poderosos de lo que imagina, Mackenzie. Nuestro poder ejecutivo puede llegar incluso a la cárcel. Bastará llamar por teléfono...

Mackenzie arqueó las cejas.

—¿Somos...? —inquirió despacio—. Está hablando en plural y

eso confirma mi teoría, Worth.

—¿Su teoría? ¿A qué se refiere, Mackenzie?

—Usted es sólo un hombre de paja, Worth —dijo el joven despectivo—. Es la persona que se ensucia las manos sacando a las chicas para que otro tipo mucho más inteligente se llene los bolsillos.

John Quincy Worth echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Después, cuando pudo dejar de reír, preguntó burlón:

—¿Es eso lo que piensa, Mackenzie? ¿Que tengo a un tipo listo por encima de mí?

—Estoy seguro, Worth.

El importante hombre de negocios tardó unos segundos en volver a hablar. Depositó el vaso vacío sobre el pequeño mostrador del mueble-bar y se giró sin prisas hacia el joven.

—No importa que lo sepa puesto que va a morir, Mackenzie.

—¿Qué es lo que no importa que sepa?

En lugar de responder, John Quincy Worth formuló una pregunta:

—¿Sabe lo que significa Cosa Nostra, Mackenzie?

Jimmy frunció el entrecejo y experimentó un leve escalofrío en la espina dorsal. Estuvo silencioso unos instantes, pero acabó haciendo un ademán displicente.

—Vamos, Worth, no quiera hacerme creer que la Mafia está detrás de usted.

—Me importa un bledo que lo crea o no, Mackenzie. ¡Para lo que va a servirle…! Ya le dije antes que había mordido un bocado demasiado grande y no podría cerrar los dientes.

Jimmy tuvo la completa certeza de que Worth no estaba mintiendo. La poderosa organización criminal no dejaba escapar ningún negocio lucrativo. Importaba muy poco que fuera al margen de la ley. Ellos tenían sus propias leyes y sus propios métodos. Y un tipo como él tenía muy pocas posibilidades enfrentado a la Cosa Nostra.

De todas formas no podía detener ya el plan trazado.

Era demasiado tarde para hacerlo.

Advirtió que John Quincy Worth no dejaba de mirarlo irónicamente y le dijo con cierta dureza:

—Yo también le reservo una sorpresa, Worth.

CAPÍTULO XII

John Quincy Worth compuso una mueca de fastidio.

—No me salga otra vez con lo de la policía, Mackenzie.

—En ningún momento he dicho que la policía estuviera detrás de mí. Es algo infinitamente peor.

Worth ladeó la cabeza interesado.

—Peor que la policía sólo puede ser una epidemia.

—Algo parecido.

Worth no pudo resistir la tentación de burlarse.

—¿Acaso se ha traído a los marines, Mackenzie? Creo haberle comunicado que mi yate es como un acorazado.

—Pronto vamos a salir de dudas, Worth —anunció tranquilamente el joven—. ¿Ha pensado en las dos embarcaciones que se encuentran fondeadas a ambos flancos de su yate? Están desocupadas al parecer. Antes de entrar en el *Nueva Guinea* las estuve observando y sólo descubrí silencio y soledad en torno a ellas.

—Nada más lógico. Las compré con el único propósito de interponerlas entre este yate y las otras embarcaciones. Es una manera de estar tranquilos aquí.

—Una tranquilidad que se termina, Worth. Es posible que pertenezca a la Mafia, pero lo que es cierto es que ha sido durante mucho tiempo el brazo ejecutor. Y ahora ese brazo será amputado.

John Quincy Worth dio muestras de intranquilidad a causa de la seguridad en sí mismo que demostraba Jimmy. Con cierto desasosiego, argumentó:

—Por si no lo sabe, en cada una de esas embarcaciones mantengo a dos hombres armados.

Jimmy dejó escapar una risita.

—Los tenia, Worth.

—¿Cómo dice?

—La muerte silenciosa se ha encargado de ellos.

Worth se hallaba cada vez menos seguro.

—¿De qué infiernos habla, Mackenzie? Si cree que va a impresionarme se equivoca.

—No trato de impresionarle, Worth. Esas dos embarcaciones han sido ocupadas por mi hermana Vivien y mi amigo Matsou Taikan. Lo han hecho de manera silenciosa, sin que ninguno de esos hombres distribuidos por su yate se haya percatado de ello.

John Quincy Worth aún fanfarroneó:

—¿Y qué? Esos ocho hombres están bien armados y son excelentes tiradores. En el supuesto de que su hermana y su amigo se encuentren, realmente, en las embarcaciones de los lados, darían buena cuenta de ellos en cuanto asomaran la nariz.

Jimmy chasqueó la lengua.

—Se ve que no conoce la forma de actuar que tienen los budokas. Se diría que son casi invencibles. En su villa encontró una buena muestra de lo que son capaces.

—No me haga reír, Mackenzie. ¿Qué puede hacer un budoka frente a ocho hombres armados con rifles modernos?

—Se sorprenderá cuando lo averigüe, Worth. ¿Ha oído hablar de los *shuriken?* Worth le contempló atónito. —¿Los... *shuriken?*

—Son pequeñas armas de acero del tamaño aproximado de la mano. Tienen diversas formas: estrellas de agudas y afiladas puntas, discos con el borde afilado como la hoja de una navaja de afeitar... Armas mortíferas que se utilizan en las Artes Marciales. Un buen lanzador de *shuriken* es infinitamente más peligroso que un hombre sosteniendo un rifle entre las manos.

Worth estuvo unos segundos silencioso, lleno de un extraño desasosiego por las palabras que decía el joven. Finalmente hizo un esfuerzo y dominándose, dijo:

—Según parece su hermana y ese amigo poseen esas pequeñas armas de acero, ¿no?

—En efecto.

—¿Y cuándo empezarán a lanzarlas, Mackenzie?

—En cuanto reciban la señal convenida.

Worth sonrió enseñándole los dientes.

—Dudo que tenga tiempo de avisarles, Mackenzie. Ya me estoy cansando de este juego y voy a ordenar que...

Jimmy se movió con extraordinaria rapidez y disparó la zurda clavándola en el hígado de Worth. Cuando éste se inclinó bruscamente a consecuencia del puñetazo., lo alcanzó el joven con un terrorífico gancho bajo el mentón.

El importante hombre de negocios salió catapultado hacia atrás con inusitada violencia y fue a estrellarse contra el mueble-bar y resbaló lentamente hasta quedar sentado en el suelo sin conocimiento.

El joven no perdió ni un segundo.

Aferró una silla y sujetándola con fuerza por el respaldo la emprendió a silletazos con las luces.

La cámara se quedó a oscuras.

Pero entonces se llevó Jimmy una desagradable sorpresa.

Theo, el gigantesco individuo que vio a su llegada, se mantenía atento a lo que hablaban Worth y él. Su jefe !e había dado orden de intervenir rápidamente cuando fuera necesario.

Le resultó imposible acudir en ayuda de su jefe por la celeridad con que actuó Jimmy. Pero como había escuchado toda la conversación, gritó a los hombres armados del yate:

—¡Hay enemigos en las embarcaciones de ambos lados! ¡Apagad las luces y disparad a matar!

Segundos después vio Mackenzie que su enorme silueta se introducía por el rectángulo de entrada a la cámara. Pensó que si aquel fulano lo atrapaba entre sus poderosos brazos, podía darse por muerto. Porque él no era un budoka.

* * *

Desembarazarse de los dos vigilantes que ocupaban la pequeña embarcación abandonada no había resultado tarea difícil para Vivien. Aquellos hombres no esperaban el ataque y pudo sorprenderles con sendos golpes de *tetsui* y *yoko-geri.* Castigos de mano y pie en rápida sucesión.

La chica vestía una malla negra que se adhería perfectamente a su cuerpo y al mismo tiempo la ayudaba a pasar desapercibida y le permitía realizar toda clase de movimientos.

Los dos sujetos habían quedado perfectamente atados y con anchas tiras de esparadrapo pegadas a sus bocas.

Vivien se deslizó sigilosamente hasta la parte de la embarcación adyacente al yate *Nueva Guinea.* Llegó junto a la borda y asomó la cabeza aprovechando !a protección de un saliente. Adoptó todo tipo de precauciones para no ser descubierta por las personas de la embarcación contigua.

Pensó en su amigo y maestro, Matsou Taikan. Deseó que hubiera tenido la misma suerte que ella, porque la vida de Jimmy podía depender del éxito obtenido por ellos.

Desde su observatorio vio a un tipo de grandes proporciones anatómicas en la cubierta inferior de popa. De pronto salió otro hombre de los alojamientos privados del yate y estuvo un par de minutos hablando con el gigante. Reconoció en él a John Quincy Worth a pesar del escaso tiempo que permaneció junto al otro dándole instrucciones. En seguida regresó al interior.

Vivien se disponía a esconder la cabeza, cuando algo llamó poderosamente su atención. Sobre el tejadillo de los alojamientos había destellado fugazmente un objeto. Forzó más la vista escrutando aquella parte del yate y no tardó en descubrir a un individuo echado de bruces que sostenía entre las manos una cosa larga.

Posiblemente se trataba de un rifle.

Siguió escrutando la oscuridad y vio a otro sujeto situado a unos metros de distancia del primero. También tenía un objeto alargado entre las manos.

Sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal.

Aquellos fulanos daban la impresión de estar aguardándolos. Incluso podían haberla descubierto ya.

Entonces vio aparecer a Jimmy en la pasarela del *Nueva Guinea.*

La suerte estaba echada.

Pudo escuchar las breves palabras que cambiaba su hermano con el gigante primero, y con el propio Jonn Quincy Worth a continuación. Después observó que Jimmy desaparecía por la puerta de la cámara siguiendo al dueño del yate.

Vivien se desprendió de un pequeño paquete que llevaba sujeto a la cintura y lo depositó en el suelo, a su izquierda. Fue desplegando cautelosamente la tela plastificada hasta que ésta quedó abierta. Contenía unos discos del tamaño aproximado de una mano con los bordes tan afilados como la hoja de un cuchillo.

Su marido, Tomiki, le había adiestrado en la forma de lanzar aquellos discos llamados *shuriken.* Más tarde fue el propio Matsou Taikan el encargado de perfeccionar su técnica hasta que consideró que el nivel alcanzado por Vivien era bastante bueno.

Entre ambos: Tomiki y Matsou Taikan, le enseñaren el manejo de otras armas que se pueden utilizar en las Artes Marciales. Pero aunque Vivien no se negó nunca a aprender, ella prefería luchar con las manos desnudas. De ahí su predilección por el karate.

Los minutos transcurrían con desesperante lentitud.

La muchacha hubiese dado parte de su vida por saber lo que estaban hablando Worth y su hermano en aquellos instantes.

Se preguntó si Matsou habría descubierto, también, a los individuos camuflados que empuñaban rifles dispuestos para ser usados. El japonés era capaz de escuchar el vuelo de un pájaro a una distancia increíble. En él se habían desarrollado los sentidos hasta unos límites insospechados.

Tuvo la corazonada de que Matsou los habría descubierto antes que ella misma.

El tiempo siguió su lenta marcha.

Y de repente escuchó Vivien un ruido estrepitoso procedente del interior de los alojamientos privados del *Nueva Guinea.* Instantes después se apagaron las luces de la cámara y hasta ella llegó un vozarrón que ordenaba:

—¡Hay enemigos en las embarcaciones de ambos lados! ¡Apagad las luces y disparad a matar!

Aún no se había apagado el eco de la potente voz cuando escuchó Vivien varios taponazos consecutivos.

CAPÍTULO XIII

El *Nueva Guinea* comenzó a vomitar proyectiles a mansalva. Matsou esperaba algo parecido y se limitó a refugiarse tras la borda de la embarcación donde se hallaba. Los hombres de Worth disparaban desde diversos puntos, a juzgar por los cárdenos fogonazos que rasgaban la oscuridad reinante.

Todas las luces se habían apagado de inmediato.

Sin embargo, a pesar de las balas que aullaban siniestramente sobre su cabeza, Matsou Taikan no había escuchado ni un solo estampido. Eso le dijo que los tiradores tenían acoplados silenciadores a sus cañones. Lo que ignoraba el japonés era que aquellos fusiles especiales estaban también provistos de miras telescópicas con rayos infrarrojos.

Sus movimientos eran seguidos con todo detalle.

Por eso estuvieron a punto de volarle la cabeza en dos ocasiones. Taikan decidió entonces obrar con astucia y se desplazó varios metros a la derecha. Tenía localizado perfectamente a uno de los tiradores y procuró situarse frente a él.

Luego, con seguros movimientos, se colocó uno de aquellos discos en la palma de la mano y lo sujetó con la yema del dedo pulgar. Una vez fijado puso la mano plana con la palma hacia arriba. Se concentró unos segundos y súbitamente se incorporó el tiempo justo para lanzar el disco en dirección a su enemigo.

El *shuriken* voló silenciosamente a inaudita velocidad.

El pistolero se hallaba con medio cuerpo asomado por encima de la borda y tomaba puntería para oprimir el gatillo. No pudo llevar a cabo sus intenciones. Una muerte silenciosa en forma de discos de acero, lo alcanzó en el pecho y penetró con fuerza entre dos costillas llegándole al corazón. El rifle se escapó de sus manos y emitiendo un ronco gemido se desplomó sin vida.

Varios proyectiles buscaron implacables a Matsou Taikan.

Pero el japonés había previsto aquella reacción y tan pronto hubo lanzado le mortífero *shuriken,* cambió rápidamente de sitio. Ya en la nueva posición fue asomando precavidamente la parte superior de su cabeza en su deseo de descubrir a nuevos enemigos.

De súbito, un balazo astilló la madera junto a su oreja izquierda y *Go Dan* Taikan se dejó caer fruncido el ceño.

Aquello resultaba extraño.

El fulano que le había disparado falló por milímetros. Incluso

llegó a sentir el aire caliente de la bala al pasar rozándole la sien. Era como si la lucha se estuviera desarrollando a plena luz del día.

Por su mente cruzó la idea de que aquellos individuos estuvieran utilizando lentes de rayos infrarrojos. No existía otra explicación lógica para que hubiesen estado a punto de acertarle en varias ocasiones. Tendría que adoptar el máximo de precauciones en adelante.

Pero tan pronto se hubo formado ese pensamiento en su cerebro, lo desechó sacudiendo la cabeza. Estaba recordando las enseñanzas recibidas de *sensei* Hokusai. Su Maestro le dijo una vez: «La vida es muy hermosa, pero el hombre que desee prolongarla eternamente es un necio. Cuando llega la Muerte y llama a tu puerta es inútil esconder la cabeza o darle la espalda. Ella no se irá por eso.»

Matsou Taikan tomó una rápida decisión.

Con un *shuriken* en la diestra y los restantes sujetos en la zurda, se incorporó repentinamente y lanzó su poderoso *kiai:*

—¡Yaaaa…!

Ese grito tan difícil de explicar, que emerge de nuestro abdomen, de su interior, como si estuviera comprimido por una válvula que estalla de repente convertido en torrente, en fuente de energía capaz incluso de derrumbar al contrario, paralizó unos instantes a los hombres de Worth.

El cuerpo de Matsou Taikan voló por el aire en prodigioso salto.

Tan pronto como sus pies se posaron en la cubierta del *Nueva Guinea* se revolvió como una centella y lanzando el primer *shuriken* decapitó el pistolero más próximo a él.

Otro de los individuos reaccionó más pronto que sus compañeros y apuntó con su rifle al japonés. Pero éste fue infinitamente más rápido porque había puesto en funcionamiento toda la fuerza destructora que puede desarrollar un budoka excepcional.

Un nuevo *shuriken* surgió de la mano de Matsou.

Su enemigo resultó alcanzado en el vientre y el disco de acero se ocultó por completo en él. El pistolero boqueó con los ojos desorbitados por el espanto y segundos más tarde, caía al suelo.

Go *Dan* Taikan no se esperó en ningún momento a comprobar el resultado de sus acciones.

Tenía absoluta confianza en sí mismo.

Observó a un nuevo enemigo en el momento que éste levantaba el rifle dispuesto a utilizarlo contra él. El hombre se encontraba a unos cinco metros de distancia de Matsou y no dudó ni una décima de segundo en arrojarle un nuevo disco.

El *shuriken* cruzó el aire con su silencioso silbido.

El tipo llegó a oprimir el gatillo, pero la bala se perdió inofensiva en dirección a las estrellas. Porque el disco de afilados

cantos lo alcanzó en el puente de la nariz destrozándole horriblemente > la cara, casi cercenando en dos partes su cabeza.

Corriendo por el tejadillo de las dependencias privadas apareció otro de aquellos asesinos con la culata del rifle apoyada en la cadera. Apretó el disparador.

El estampido restalló, pero Matsou ya no estaba en el lugar al que iba dirigida la bala. Seguían sobrándole años de tiempo para llevar la iniciativa de la lucha. Sus enemigos parecían lentas tortugas comparados a la movilidad de que él hacía gala.

—¡Yaaaa...!

El *kiai* inmovilizó unas décimas de segundo al hombre que había disparado.

Y Matsou Taikan no necesitó más tiempo para levantarse en el aire a velocidad vertiginosa. Todavía no se encontraba con los pies apoyados sobre el tejadillo, cuando su pierna derecha, que había estado flexionada durante el impresionante vuelo, se disparó de pronto. El pie alcanzó al fulano en el centro del pecho.

Al recibir el impecable *yoko-geri* salió disparado con violencia y el rifle también le acompañó, pero lejos de sus manos. Varias costillas se le habían hundido en el pecho como si éste fuera de cartón.

Sin embargo, a pesar de la manifiesta superioridad demostrada por Matsou Taikan, su vida estaba a punto de ser segada.

Uno de los pistoleros había surgido silenciosamente detrás de él y le encañonó con su arma. El cañón del rifle no estaba a más de un metro de distancia de la espalda del japonés.

Go Dan Taikan supo que se encontraba al final del Camino.

* * *

Vivien Mackenzie se inclinó con rapidez eludiendo el balazo que le habían destinado.

Acto seguido, pensando sólo en el peligro que corría su hermano Jimmy, se incorporó temerariamente y lanzó el disco de acero que sostenía en la palma de la mano. Eso estuvo a punto de costaría la vida porque el mismo sujeto que había disparado la primera vez pareció adivinar sus intenciones y le envió otro proyectil.

Vivien sintió que la bala se le llevaba algunos cabellos.

Pero el *shuriken* ya había dado en el blanco y el pistolero nunca podría ya apretar el gatillo.

El disco de acero le penetró en el bajo vientre rasgándoselo como si fuera mantequilla. El tipo soltó el rifle y llevándose ambas manos a la herida trató de arrancar aquel extraño objeto que estaba acabando inexorablemente con su vida.

Aullando de forma escalofriante cayó de lado, sin llegar a conseguirlo. Ya en el suelo movió las piernas en mortales estertores y

finalmente se quedó encogido convertido en cadáver.

Vivien escuchó entonces el primer *kiai* lanzado por su amigo Matsou.

Y supo que éste había puesto en funcionamiento todo el poder que era capaz de desarrollar.

Durante unos segundos que le parecieron siglos titubeó en lo que debía hacer. Debido a la oscuridad reinante resultaba peligroso seguir arrojando *shuriken*. Podía escuchar perfectamente la lucha que se estaba dilucidando en el *Nueva Guinea*.

Con la mente veía a Matsou moviéndose con increíble agilidad entre sus enemigos y exterminándoles, uno a uno. Decidió que lo mejor era saltar al yate y ayudar a su amigo.

En el instante que se disponía a hacerlo llegó hasta ella un nuevo *kiai* surgido del vientre de Matsou.

De pronto lo vio aparecer en lo alto del tejadillo aplicando su *yoko-geri* a uno de los criminales hombres de Worth. Y también vio a otro sujeto dejándose ver a espaldas de Matsou. El sicario le estaba apuntando con su rifle dispuesto a disparar.

Vivien no lo dudó ni un instante.

Su brazo derecho se movió con centelleante velocidad.

El *shuriken* arrojado llegó a su objetivo con increíble rapidez. Antes de que el esbirro de Worth llegara a oprimir el disparador, sintió un frío intenso en el hombro. Allí se le había incrustado el disco de acero enviado velozmente por Vivien.

Con el brazo casi amputado por encima del codo, el individuo se puso a chillar despavorido.

Matsou se giro aplicándole un perfecto *jun-tsuki* en el abdomen. Como el japonés había imprimido un giro a su puño en el momento de asestar el golpe, éste adquirió mayor potencia demoledora y resultó catastrófico para el pistolero.

Se derrumbó de espaldas perdido el conocimiento.

Matsou ondeó la mano en mudo saludo de agradecimiento a la muchacha por haberle salvado de una muerte cierta. Luego escrutó los alrededores buscando a un nuevo enemigo.

Pero el único superviviente optó por renunciar a la lucha.

Vino procedente de la proa y después de arrojar el arma a sus pies levantó los brazos todo cuanto le fue posible.

—¡No quiero seguir, no quiero...! Matsou siguió con los sentidos en estado de alerta. —¿Quedan otros compañeros tuyos escondidos por ahí?

—¡No lo sé! —gritó el tipo—. Pero yo me rindo.

—Está bien. Ven a nuestro lado.

El individuo inició el avance en el justo instante en que sonó un escopetazo en las dependencias interiores del yate.

Y las sirenas de varios coches de la policía se aproximaban a toda velocidad.

* * *

Jimmy se agazapó tras un sillón. El gigante Theo avanzó despacio escrutando la oscuridad.

—No tienes nada que temer, Mackenzie —bromeó siniestro—. Sólo pretendo darte un abrazo de amigo.

Jimmy siguió sin moverse del lugar donde se hallaba. Recortada contra la débil luz de la luna que penetraba por la entrada, podía ver la enorme silueta del fulano que cada vez se hallaba más cerca.

Intentar golpearlo era como liarse a trompazos con un monolito levantado a base de bloques de granito.

Su única posibilidad de escape consistía en batir el récord mundial de velocidad corriendo en dirección a la salida y zambullirse por el hueco de la puerta hacia el exterior.

Sin detenerse a pensarlo lo puso en práctica.

Se incorporó iniciando la carrera, pero el gigante Theo lo cazó a medio camino aplicándole un manotazo que lo arrojó violentamente contra la pared del fondo.

Jimmy sintió que se le nublaba la vista.

Tanteando a ciegas para encontrar un asidero donde poder aferrarse advirtió que su mano derecha tropezaba con algo que se hallaba colgado de la pared. Se percató que aquello era una escopeta y actuando con inaudita rapidez la descolgó de los soportes que la hacían servir de objeto decorativo.

El gigante se le venía encima.

Jimmy le apuntó al cuerpo con la escopeta.

Apretó los dos gatillos casi al mismo tiempo, y notó que el arma brincaba en sus manos como si tuviera vida propia. El atronador estampido lo dejó medio sordo.

El gigante Theo se tambaleó.

Luego, con el vientre horriblemente abierto cayó de rodillas. Quiso detener la incontenible hemorragia llevándose ambas manos a la herida, pero terminó desplomándose de bruces. .

Jimmy resolló entrecortadamente secándose el frío sudor de la frente con el dorso de la mano. Se puso en pie y estuvo a punto de volver a derrumbarse porque las piernas le fallaban. Tardó una barbaridad en poder abandonar la cámara.

Y lo hizo en el preciso momento en que el teniente Don Latrobe y algunos de sus agentes subían por la pasarela del *Nueva Guinea.* Antes de que el policía empezara a increparlo se tocó Mackenzie el estómago y anunció hablando con dificultad:

—Aquí... tengo una grabación que compromete al intocable

John Quincy Worth, teniente. Si… está pensando en una recompensa…

—¡Eres un sucio cretino, Jim Mackenzie! —lo cortó, rugiendo, Latrobe—. Alguna vez espero tener la suerte de asistir a tu funeral; ¡maldita sea!

CAPÍTULO XIV

Don Latrobe clavó una dura mirada en Vivien Mackenzie.

—Si alguna vez accedes a casarte conmigo te prohibiré todo lo concerniente a las Artes Marciales, Vivien. No me gustaría que mi esposa...

La muchacha lo interrumpió sonriendo: —No te canses, Don. Tienes demasiado mal genio para convertirte en mi segundo marido. Y si encima albergas la idea de prohibirme lo que significa mi razón de vivir...

—Está bien —gruñó Latrobe sacudiendo la cabeza—Pero conste que mi petición seguirá siempre en pie.

—Lo tendré en cuenta, Don.

Shirley, Jimmy, Zachay y Matsou Taikan, se hallaban también en el despacho de Latrobe. El hermano de Vivien tenía un brazo por encima de los hombros de Shirley y escuchando lo que estaba diciendo el teniente, compuso una mueca de fastidio.

—¿Por qué no deja de hacer el Romeo con mi hermana y va al grano, teniente? Hay quien tiene prisa por salir de aquí.

Don Latrobe pegó una dentellada al aire y lo fulminó con la mirada. A continuación le apuntó con el índice extendido y comenzó a decir conteniendo a duras penas su malhumor:

—Tu plan resultó, Jimmy Mackenzie. Shirley llegó a tiempo de avisarnos y tuviste la suerte de poseer una cinta comprometedora para Worth cuando yo me presenté.

Porque te aseguro que de no ser así... Pero siempre no te acompañará la suerte. El día que cometas un error te prometo estar allí para recoger tus pedazos y arrojarlos a la basura. Jimmy rió irónico.

—Con esas palabras pierde puntos ante mi hermana, teniente. Nos llevamos como los ángeles... Latrobe pegó un puñetazo en la mesa. —¡Silencio, Jim!

Vivien terció intentando cortar la agria discusión.

—¿Qué pasará con Worth, Don?

El teniente fue calmándose paulatinamente y acabó girándose a la chica informando ya más sereno:

—Mantendrá los labios sellados aunque lo sometamos a las más duras presiones. Esa gente de Cosa Nostra es así. Estoy seguro de que Worth no delatará a sus superiores por más que le apretemos las clavijas. Hacerlo significaría su muerte, sin lugar a dudas.

Hizo un corto intervalo y agregó:

—De todas formas lo tenemos a él y eso ya es bastante. El fiscal asegura que tiene todas las pruebas necesarias para conseguir la mayor condena posible. Por lo menos se ha conseguido desarticular a una banda muy bien organizada que estaba sacando a nuestras muchachas del país con destino a los burdeles orientales.

—Y todo eso gracias a mí —afirmó hinchando el pecho Jimmy —. Me tendría que estar agradecido…

—¡Fuera de mi despacho, Jim Mackenzie!

—Pero, hombre…

—¡He dicho que fuera!

Jimmy se llevó a Shirley en dirección a la salida después de ondear la mano en muda despedida. Latrobe se quedó mirando entonces a Zachary.

—¿A qué esperas para salir pitando, Hammond?

El grandullón trago saliva.

—Teniente…

—¡Fuera tú también, infiernos!

Zachary Hammond abandonó el despacho al galope.

Cuando sólo quedaron en él Vivien, Matsou y Latrobe, dijo la muchacha recriminativa:

—Debes cuidar tu presión arterial, Don. El infarto está a la orden del día y no te conviene excitarte.

—Tu hermano me saca de quicio, Vivien, lo siento. Don. Sin embargo, todo se ha resuelto gracias a él.

—Admito que Jim tiene un carácter muy especial,

—¿Por cuánto tiempo, Vivien?

—No te entiendo.

—¿Cuánto tardará la Mafia en reorganizar la banda?

—Jim no tiene la culpa de eso, Don.

El teniente carraspeó guardando silencio unos segundos. Luego levantó la mirada, posándola alternativamente en Vivien y su amigo japonés.

—En realidad he querido quedarme a solas con vosotros dos.

La chica arqueó las cejas.

—¿Que ocurre, Don?

—Tengo que transmitiros una oferta. Conocen mi amistad contigo y han pensado que soy la persona idónea.

Vivien y Matsou cambiaron una mirada de extrañeza. Finalmente acabó invitando la muchacha:

—Adelante, Don.

El teniente se pasó la diestra por los cabellos antes de empezar a decir:

—Se… está preparando a *un* grupo de agentes para que puedan

llevar a cabo las misiones más arriesgadas que se pueden imaginar. Desde luego no pertenecen a mi Brigada de Homicidios y se moverán en un ámbito internacional. Son... agentes especiales que sólo se utilizarán en determinados casos de extrema gravedad. He sido designado para establecer contacto y haceros una petición.

Vivien le escrutó el semblante.

—¿Qué tipo de petición, Don?

—Quieren... que esos agentes sean adiestrados en distintas especialidades de las Artes Marciales y han pensado en vosotros. En el *dojo* Tomiki tendrían mucho que aprender.

Vivien y Matsou se miraron de nuevo.

El teniente Latrobe adivinó lo que estaban pensando y se apresuró a agregar:

—No hace falta que contestéis ahora. Sin embargo., deseo que penséis una cosa antes de dar vuestra respuesta: no serían aventureros sin escrúpulos, sicarios que se venderían al mejor postor... sino agentes que lucí rían siempre en defensa de la paz mundial.

* * *

El coche conducido por Jimmy Mackenzie se detuvo con un ruidoso frenazo frente a un *drugstore,* Shirley tuvo que aferrarse al pasamanos de la portezuela par no salir proyectada por el parabrisas. Y a pesar de es su bonita naricita estuvo a menos de un palmo del cristal.

Ya recuperada, increpó:

—¿Es necesario conducir así?

—Cuando uno tiene prisa...

Jimmy dejó el final de la frase en el aire y pregunto ella:

—¿Se incendia algo, Jim?

El joven descendió del coche y cerró la portezuela. Luego metió la cabeza por la ventanilla y le sonrió picarescamente.

—Yo creí que ya estabas oliendo a quemado, nena.

—Oye, Jim...

—Espera aquí un minuto, Shirley. No tardo en regresar.

Antes de que la chica pudiera objetar algo en contra ya se dirigía Jim a las tiendas de venta permanente. Penetró en las galerías bajo la extrañada mirada de Shirley.

Tal como había prometido no tardó en reaparecer.

Traía un envoltorio plano en la diestra cuando regresó sonriente al coche. Lo dejó en el asiento trasero y guiñando un ojo a la muchacha puso el vehículo en movimiento.

—Ya podemos irnos.

Shirley se ladeó en el asiento y lo miró intrigada.

—Adónde, Jim?

—¿Adonde quieres que vayamos? A tu apartamento…

—Ni hablar.

—¿Cómo que ni hablar? —inició una protesta el joven.

—. Es el único lugar apto para ser felices y…

—Eres un sádico, Jim.

Mackenzie estuvo unos instantes en silencio y acabó untando:

—De acuerdo, cariño: soy un sádico. —Hizo una pausa y agregó risueño—: Pero tú eres la musa que inspiras mi pasión. Si no tuvieras ese cuerpo…

—Shirley inspiró aire con fuerza.

—Escuda, Jim, podemos ser buenos amigos…

—Yo te quiero, Shirley.

—¿A cantas se lo has dicho antes que a mí?

—He perdido la cuenta. Pero esta vez prometo que cosa va en serio. En estas cosas nunca miento.

—La última vez que estuvimos juntos me rompiste..

—El camisoncito tan mono que llevabas puesto —la interrumpió Jimmy—. Pero fue un arrebato incontrolable de pasión. Sin embargo, estoy dispuesto a reparar el daño causado y en el asiento trasero llevo dos flamantes camisoncitos. Aunque volviera a romperte uno… siempre te quedaría otro por estrenar.

Shirley no pudo ocultar una abierta sonrisa.

—Eres un sinvergüenza, Jim.

El joven también sonrió.

—¿Vamos entonces a tu apartamento?

Shirley reclinó la cabeza en el respaldo del asiento y murmuró:

—Tú eres el que conduce, Jim.

El coche saltó bruscamente hacia adelante al pisar Jimmy Mackenzie el acelerador a fondo.

Cuando uno tiene prisa…

FIN